

FABULAS

PUESTAS EN VERSO CASTELLANO

POR

DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.



Madrid 1849.

Imprenta que fue de Operarios, calle del Factor, núm. 9.

BIBLIOTECA GENERAL
OBRA DONADA POR:
J. L. Estrada

73239

11/10/98

FÁBULAS

PUESTAS EN VERSO CASTELLANO

POR

D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.



MADRID.

IMPRESA DE LA SOCIEDAD DE OPERARIOS.

Calle del Factor, número 9.

18/8.

X-61-127798-X

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



6104335835



PROLOGO.

Erase un opulento rey que poseía palacios magníficos.

Todos sus palacios tenían jardín.

En el centro de cada jardín había un estanque de gran extensión.

En medio de cada estanque se veía una isleta sembrada de hermosísimas flores.

—¿Con qué adornaríamos (preguntó una vez á su arquitecto el Monarca) la isleta del estanque, perteneciente al jardín de mi palacio número uno?

—Nada mas adecuado (respondió el artista) para en medio de tantas flores, que la estatua de Flora en pié, que acaba de fundir en bronce el mejor escultor del reino.—

Admitió el Rey el dictámen, y la estatua de Flora fué colocada en el jardín del palacio

número uno, donde excitaba la admiración de todos.

Se trató de adornar después la isleta del palacio número dos, y se colocó en ella otro ejemplar de la estatua de Flora.

Lo mismo se hizo en los jardines de los otros palacios. Cada uno tenía su Flora de bronce: bellas estatuas, pero todas iguales, todas realmente una.

Fundó S. M. una casa de campo con su jardín, su estanque y su isla; y el arquitecto se tomó la libertad de introducir en ella otra estatua de Flora sentada, escultura de diverso autor y distinta materia: era de plomo.

Al verla el Rey, dijo al arquitecto con algún disgusto: ¿Por qué has encajado ahí esa nueva Flora, que bajo todos conceptos vale mucho menos que la primera?

—Señor, (contextó el reconvenido) porque no se vea en todos los jardines la misma

Satisfizo al Soberano la razón, y repuso: Al cabo, aunque vale menos que la otra; en vez de una, tengo ya dos. Para llegar á obtener obras nuevas que compitan con las antiguas, hay que admitir los ensayos.—

La moralidad de esta fábula, ó por mejor decir, la aplicación de este cuento, es la siguiente.

Don Félix María Samaniego es el fabulista moral español: su mérito es difícil de igualar, y quizá imposible.

Pero ¿no se han de leer mas fábulas morales que las de Samaniego?

Las nuevas, probablemente serán inferiores á las antiguas; pero serán diferentes, y habrá esas mas en castellano. Haciéndose repetidos ensayos, puede que alguno salga bien, y eso ganará nuestra literatura.

De esta manera debieron discurrir Don Agustín Ibañez de la Rentería, Don Juan Pison y Vargas, Don Rafael José Crespo y otros autores españoles, que escribieron fábulas en el pasado y presente siglo. No hablo de Don Tomás de Iriarte, porque redujo sus apólogos á las materias literarias, ni de Don Cristóbal de Beña, porque solo se ocupó en las políticas; pero ¿quién no ha leído y admirado las excelentes fábulas de mi caro amigo Don Ramon Campoamor?

La Flora del Señor Campoamor no es de plomo; es de tan buen metal como la del Señor Samaniego.

Quedemos, pues, en que no es mal hecho escribir aun fábulas en España; y dado que lo fuese, por Dios que en sí llevaria la penitencia.

Pero la coleccion que yo publico, no es

original sinó en parte; y vé aquí un pecado sin perdon para algunos.

Pues vaya otra vez de cuento; que para prólogo de fábulas en verso, no vienen mal fábulas ó cuentos en prosa.

La casa de campo construida por el arquitecto arriba dicho, fué labrada con restos y despojos de antiguas fábricas. Allá en un territorio poco frecuentado, habia descubierto el artista unas ruinas, de las cuales sacó piedras, bustos y aun estatuas casi enteras para el nuevo edificio, que mereció la aprobacion universal, y fué llamado siempre obra del arquitecto *Máximo*.

El arquitecto *Máximo* pasó á vida mejor, y sucedióle en la direccion de las obras reales el arquitecto *Mínimo*, que hubo tambien de ocuparse en la construccion de una nueva casa real.

Y siguiendo el ejemplo de sus antecesores, sacó de ignoradas ruinas ricos materiales para su fábrica.

Y véase qué diferencia de suerte! Levantóse general clamor contra el nuevo arquitecto: decian todos que aquello era una profanacion, un robo.

—Señores, (replicaba él) yo no hago mas que lo practicado por otro. Lo que se aplaudió al máximo, toléresele al mínimo.—

La Fontaine y Samaniego, sin subir á Fedro ni á Babrio, se valieron de lo que hallaron ya escrito, y no fueron rigorosamente fabulistas originales; ¿Ha de ser culpa en un moderno lo que fué digno de alabanza en sus predecesores? Parece que no. Aunque estas fábulas no sean originales, basta que sirvan de algo, para que sea licito publicarlas.

Pero es necesario dar á cada uno lo que le pertenezca: por eso al fin del tomo va un registro, donde se expresa qué originales he tenido presentes.

Los lectores que hagan el cotejo del original y la copia, echarán de ver que unas veces he traducido, otras he imitado, refundido ó desfigurado el original, segun me pareció conveniente, y segun hicieron otros ántes que yo.

A fin de que resultase mas vária mi reducida coleccion, he introducido en ella unas pocas fábulas y algun cuento de varios autores nacionales, retocándolos para darles aplicacion distinta, para que se entendieran, ó sonaran mejor. Lo que vulgarmente se llama *cuento*, y lo que los retóricos llaman *fábula racional*, es á veces lo mismo.

No doy á luz una obra compuesta de pensamientos míos y nuevos; doy en ella pen-

samientos de otros en nueva forma : cogí la tela y pongo el cosido, como aquel joven de Calderon..... Y va de cuento por tercera y última vez.

Remendaba con sigilo
sus calzones un mancebo :
yo que le acechaba, vilo,
y pregunté : Qué hay de nuevo?
Y él respondió : Solo el hilo.





FÁBULA PRIMERA,

QUE SIRVE DE

INTRODUCCION.

EL TREINTA DE ABRIL.

De la furia del mar á duras penas
un viajero nadando se salvaba,
sumergida la nave que fletaba.
Calado el infeliz como una sopa,
sin aliento y sin ropa,
zozobroso pisaba las arenas
del suelo salvador, suelo que el hombre
ignoraba en verdad completamente
si era ó no continente,
y por supuesto su extension y nombre.
Del nombre no hay noticia:
isla se sabe que era:

nuestro viajante se embarcó en Galicia,
y el perdido bajel era un transporte
que salió para América del Norte.
De aquí el lector infiera
la situación exacta y verdadera
de la isla consabida,
la cual por lo distante y reducida,
ó por otra razón, se les escapa
siempre á los constructores
de los atlas geográficos mejores,
y nunca la colocan en el mapa.
—¿Qué especie de hospedaje
(se preguntaba el náufrago) me espera?
Por todo este paraje
no hay tierra cultivada.
Si estará inhabitada?
¿Si ocurrirá que por mi mal encuentro
con un pueblo salvaje,
que me ponga á tostar en una hoguera,
y me aloje á bocados en el vientre?
De este modo confuso discurría,
cruzando una espesura;
cuando, válgame Dios! ¡con qué alegría
vió un trillado sendero, donde habia,
diversas en tamaño y en figura,
huellas de cuatro piés con herradura!
—Ya (exclamó) no hay cuidado:
estoy en un país civilizado:

solo en un pueblo culto se procura
que gasten los cuadrúpedos calzado.
Siguiendo la vereda,
en un camino entró llano y derecho.
—No hay camino sin gente.—Dicho y hecho.
Una gran polvareda
se alza en la extremidad del horizonte:
divísanse entre el polvo diferentes
caballeros con armas relucientes,
plumas, preseas y admirable pompa:
repite el eco del vecino monte
rudo son de timbales y de trompa,
y óyese luego aclamacion festiva
de *Viva el nuevo Rey! viva el Rey! viva!*
Los jinetes se apean,
obsequiosos al náufrago rodean;
y ántes que diga nada,
ni acierte á disponer de su persona,
pónenle un manto real y una corona,
que á prevencion la comitiva trajo:
súbente á una carroza engalanada;
y entre clamores mil, con gozo grande,
majestad por arriba y por abajo,
mucho tirar al aire los sombreros,
y dale que le das los timbaleros,
mándase al nuevo príncipe que mande
á su cochero que ande,
y haciendo los caballos una curva,

por donde vino tórñase la turba,
gritando sin cesar: ¡Viva Facundo
milésimo octogésimo segundo!
—Vamos (dijo el monarca improvisado),
sin duda en esta tierra, que es ya mia,
Facundo se le pone,
llámese Andres ó Juan, Luis ó Conrado,
á todo hombre de bien que se corone.
Bien antigua será la monarquía
donde, si llevan sin error la cuenta,
los reyes pasan ya de mil y ochenta.
—No le parezca extraño
á vuestra digna majestad (repuso
un paje tieso, cual si fuera un huso);
pues sin que valga aquí poder ni amaño,
nuestros reyes gobiernan solo un año.
Hoy, último de Abril, la Providencia
cada año nos envía
un jóven para rey: desde tal día,
trescientos, reinará, sesenta y cinco,
sobre vasallos, cuyo solo ahinco
darle gusto será con su obediencia.
Mas aun estando con el rey contentos,
corridos los trescientos
sesenta y cinco días (ordinario
número que tener el año debe,
no trayendo Febrero veinte y nueve),
su majestad, allá de mañanita,

que quiera ó no, recibe
la incómoda visita
de catorce alguaciles y un notario,
cara de enterrador, que le apercibe
diciéndole cortés, pero algo recio:
Llegó San Indalecio;
treinta de Abril es hoy, y el calendario
de este dominio reza
que mude la corona de cabeza.
Dejarla es necesario.
Ya vuestra majestad es rey cumplido:
vuestra merced se dé por despedido.
¿ Ve (siguió el informante),
ve vuestra majestad allí adelante
sobre una yegua inquieta
un zángano que toca la trompeta?
Pues es un extranjero,
que ha sido rey aquí, y es trompetero.
—Trompetero? Gran Dios! (gritó el monarca.)
¿ No supo ese infeliz llenar el arca
para pasarlo bien, rey jubilado?
—No era por cierto su codicia parca;
pero en este pais, que separado
está del mundo entero,
da la casualidad que no hay dinero.
—Bienes habrá y alhajas;
y para echarles mano,
prometo no dormirme entre las pajas:

raya en barbarie ya , que un soberano
luego que cese , reducido se halle
á tocar la trompeta por la calle.

—Las alhajas , señor , y las haciendas,
lo que rinden y artículos iguales,
no son aquí del rey ; son encomiendas
y bienes vinculados nacionales.

Durante el año , puede
con ellos darse el rey soberbio trato ;
pero á treinta de Abril , fuerza es le quede
todo á su sucesor mas inmediato.

Solamente sacar se le tolera
dos camisas ó tres , una montera
y un traje de sotana muy sencillo,
traje de sacristan ó monaguillo.

—Jesus ! qué sociedad tan chapucera !
(interrumpió Facundo) : ¡ lindo pago
para el que reine bien ! ¡ famosa ganga ,
entrar de rey para salir monago !

Bah ! reinecillo al fin de morondanga.

Por último , sepamos lo importante :
pasado el treinta del Abril temido ,
cómo suele vivir un rey cesante ?

—Vive de la carrera que ha emprendido
para poderse manejar mañana :
bien , si le da de sí ; mal , si no gana .
Sujetos hay de los que fueron reyes ,
que interpretando leyes ,

viven con esplendor: quién es banquero,
quién sastre, quién obispo, quién herrero;
vende azúcar el uno; el otro pinta;
y movido por índole distinta,
no falta quien abrace
la descansada profesion de vago,
profesion de funesto desenlace,
que seguida del hambre y el zurriago,
da por constante suerte
vida infeliz y desastrada muerte;
pues ni en la clase ilustre ni en la baja,
ninguno come aquí si no trabaja. —
Cesó el paje de hablar, y el Rey contesta:
Eso no me disgusta:
vivir de mi trabajo no me asusta.
Sepa el amigo paje
que por juego una vez tejí una cesta:
con un año cabal de aprendizaje,
cualquiera adquiriria
destreza regular en cestería.
Desde hoy constantemente
seis horas al oficio me consagro,
hasta que labre un cesto, que en su clase
por un esfuerzo pase
del arte cesteril, por un milagro. —
Su majestad salió tan excelente
compositor de mimbre gordo y fino,
que en el concurso de la industria, vino

á conseguir el respectivo premio,
siendo solemnemente declarado
primoroso ofieial, honor del gremio.
Al fin de su reinado,
quedándole por única prebenda
su rara habilidad, abrió su tienda,
que nunca se veía
de concurrentes útiles vacía.
Trabajador, y gastador juicioso,
riquezas adquirió, se hizo famoso,
y sucesivamente fué nombrado
alcalde, diputado,
inspector del marítimo registro,
cuatro veces virey y al fin ministro:
todo por ser sujeto
que observaba su ley con fe y respeto,
ser íntegro y veraz, de buena pasta,
y único para armar una canasta:
de modo que á porfia
cada insular, al verle, prorumpia:
No tenemos aquí, ni habrá en el mundo
mejor conciudadano ni cestero,
que el sucesor insigne de Facundo
milésimo octogésimo primero.

LECTORES Y LECTORAS

JÓVENES, que en estudio provechoso
vais á ocupar las fugitivas horas,

mirad en ese náufrago dichoso,
cuya vida tracé con desaliño,
la historia general de todo niño.
Nace: padres, abuelos y parientes
le reciben con júbilo y cariño;
le miman con frecuencia,
sobrado complacientes;
y en fuerza de los lloros exigentes
con que por todo á todos importuna,
reina con veleidosa omnipotencia
desde el movable trono de la cuna.
Pero el tiempo voraz, el que sin duelo
traga vidas y mármoles y bronces,
pronto deja al muchacho sin abuelo,
y sin padre tal vez y sin herencia,
y es forzoso por sí vivir entónces.
A peligros tan ciertos y fatales,
otro remedio no hay que la enseñanza,
que aprovecha en la edad plácida y verde
las ventajosas prendas naturales,
ilustra corazon y entendimiento,
y un tesoro nos da que no se pierde.
Forma, QUERIDOS JÓVENES, la vida
serie no interrumpida
de gusto y de tormento,
de hórridas tempestades y bonanza;
pero, aunque en medio de vaivenes tales,
fiero tropel de males

amenace violento
doblegar vuestras débiles cervices,
con virtud y talento
no teneis que temer, sereis felices.



FÁBULA II.

LA JOYA MILAGROSA.

Hay, según los navegantes,
allá léjos un país,
cuyos pobres habitantes
andan á todos instantes
con sus bienes en un tris.

Ya un espantoso huracan
hace en la cosecha riza,
ya sepultura le dan
las piedras, lava y ceniza
de un repentino volcan.

Los de ilustre jerarquía
y los míseros gañanes,
todos viven entre afanes,
recelando cada día
terremotos y huracanes.

Para auxilio en tales daños,
entrega el comun Señor
allí á cada morador,
ya desde sus tiernos años,
una joya de valor.

Y tales prodigios obra
la joya á los niños dada,
que con ella todo sobra,
y sin ella no se cobra,
de lo que se pierde, nada.

Sin embargo, aquella gente
se echa tanto el alma atras,
que es la cosa mas frecuente
perder la joya excelente,
y no recobrarla mas.

Causará sin duda espanto
su locura; pero qué !
Nada igual aquí se ve?
¿No hacen muchos otro tanto
con la joya de la fe?

Y sus luces, en verdad,
son las que nos guian solas
á puerto de claridad
en la noche y en las olas
de la ruda adversidad.



FÁBULA III.

LA ROSA Y LA ZARZA.

Murmuraba impaciente
una Rosa naciente
del cautiverio duro que sufría,
porque una Zarza espesa la tenía
con sus punzantes vástagos cercada.
—Yo (sin cesar decía),
yo no disfruto aquí ni sé de nada:
sin un rayo de sol, tasado el aire,
desperdicio, de todos ignorada,
y entre espinas incómodas reclusa,
ni fragancia, colores y donaire.
La Zarza respondió: Joven ilusa,
tu prevision escasa,
del bien que te hago, sin razon me acusa.
Bajo mis ramas á cubierto vives
del sol canicular que nos abrasa;
el golpe no recibes
del granizo cruel que nos deshoja;
y ese muro de espinas que te enoja,
defiende tu hermosura

de que una mano rústica la coja.—
La flor entónces, de despecho roja,
¡Mal haya (replicó) la ruin cordura,
que de riesgos que no hay, tiembla y se apura?
No fué la maldicion echada en vano.
A los pocos momentos un villano
llega con la cortante podadera:
la despiadada mano
descarga en el zarzal; hiere, destroza,
y tan completamente me le roza,
que ni un retoño le dejó siquiera.
Poco de la catástrofe se duele,
persuadida la Rosa de que gana,
quedándose sin aya que la cele.
Descanse en paz la rígida guardiana.
Qué feliz su discípula es ahora!
Bañada en el relente de la aurora,
descoge con orgullo
su tierno y odorífero capullo:
princesa de las flores
la proclaman los pájaros cantores.
Pero el viento la empolva y la molesta,
sol picante la tuesta,
la ensucia el caracol impertinente
con pegajosa haba,
y apénas se la enjuga,
cuando voraz la oruga
su venenoso diente

una vez y otra vez en ella clava.
Se descolora la infeliz, se arruga,
y una ráfaga recia de solano
desparramó sus hojas por el llano.

Es el recogimiento
condicion de las jóvenes precisa:
falta en la mocedad conocimiento
del suelo que se pisa.
La niña que imprudente,
sola y sin guía recorrer intente
la senda de la vida peligrosa,
tema la suerte de la indócil Rosa.



FÁBULA IV.

LOS PREMIOS DE LA EMPERATRIZ.

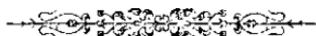
La emperatriz Sofia
cuatro veces al año repartía
en pública sesión dos medallones,
cada cual de valor de cien doblones,
premio del colegial y colegiala,
que eran en los exámenes juzgados
en grado superior aventajados.
Vestiditos de gala,
y de curiosa multitud cercados,
entraban juntos en la rica sala,
donde, al son de trompetas y atabales,
á veces con la joya recibían
otros diversos dones
de las pródigas manos imperiales;
al paso que en algunas ocasiones
corridos niño y niña se veían
al recibir, delante
de aquel numerosísimo concurso,
dádiva tan chocante,
que la plebe y la corte, sin recurso

burlábanse con dura pertinacia
de los dos angelitos : verbi gracia.
Benito y Valentina,
chicos de doce abriles,
él docto en la gramática latina,
y hábil ella en labores femeniles,
fueron los dos electos
por la junta de escuelas competente
como pareja igual , sobresaliente,
como alumnos perfectos
de latin y costura. Lindamente.
Pero es el caso que en palacio habia
un pajarito azul, que los defectos
de los niños de escuela descubria ;
y el pájaro maldito
contó á la Emperatriz... —Qué picardía!
Yo , vamos , el pescuezo le torciera.—
Contó de Valentina y de Benito
la corta friolera
de que él era un lloron, y ella una fiera.
Ya llegó el dia de funcion prescrito.
La señorita, pues, y el señorito
prepáranse de prisa y van despacio
(porque mejor los miren) á palacio.
Su Majestad al cuello
les pone, al son del atabal sonoro,
los codiciados medallones de oro;
y despues (aquí es ello)

dice á Benito así : Cierta avecilla
que os atisba las faltas y las pilla,
te acusa de marica y apocado;
por lo cual, que te compren he mandado
ese cumplido chal y esa mantilla :
póntelos de contado.

Y usted (dijo á la niña) que es persona
del sexo débil y de clase fina ;
pero que audaz y díscola y gritona ,
en vez de *Valentina* ,
merece se la llame *Valentona* ,
sepa que por sus rústicas hombradas,
le va á plantar aquí mi camarera
un par de charreteras encarnadas
y una gorra de pelo granadera.

Pues ó renuncian á su ser y nombre,
ó han de tener por cualidad primera
dulzura la mujer, valor el hombre.



FÁBULA V.

LA VERDAD SOSPEGHOSA.



Llevaban á enterrar dos granaderos al soldado andaluz Fermin Trigueros, embrollon sin igual, que de un balazo cayò sin menear ni pié ni brazo.

—Hola, sepultureros!

(les dijo un oficial), murió ese tuno?

—Murió (contexta, de los dos, el uno).

Aquí Trigueros en su acuerdo torna, y oyendo la expresion, dice con sorna :

Lo que es por la presente,
me figuro que vivo, mi teniente.—

A lo cual replicó su camarada :

No dé usted á Fermin crédito en nada.

Siempre embustero fué : su fin es cierto ;
pero aun miente el bribon despues de muerto.

Quien falte á la verdad, con eso cuente :
dirá que hay Dios, y le dirán que miente.

FÁBULA VI.

PEDRO ENREDA.



De aquel célebre *Juan* , por mote *Lanas* ,
hijo fué *Pedro* , por apodo *Enreda* ,
buscador impertérrito de nidos
en tiempo de la veda,
verdugo de lagartos y de ranas,
y apedreador insigne de ventanas.
Estudiaba latin... Miento: asistia
quince dias al mes , y no seguidos,
á la clase del dómine García ;
pero eso de estudiar... qué tontería!
Les embelesa tanto los sentidos
á ciertas criaturas
el placer sin igual de hacer diabluras,
que es trabajar en vano
enseñarles latin ni castellano.
Al salir, pues , el estudiante maula
un Miércoles del aula,
le fué Juan á esperar : llegó temprano,
y estando enfermo por allí un vecino,
pasóse Juan á verle de camino.

Perico Enreda en tanto
se anticipó á salir.—A jugar, ea.
Hoy me toca ejercicio de pedrea;
mas que venga provisto de antiparras
por la calle y me vea
ese dómine abanto,
gruñidor y estafermo.
Yo sabré libertarme de sus garras.—
Dice : y agarra un canto,
mira con precaucion á la redonda,
ve una ventana abierta,
(era la de la alcoba del enfermo),
lanza por ella el proyectil con honda,
y al inocente Juan á darle acierta
en lo alto de la calva descubierta,
causándole del golpe tal herida,
que por gracia de Dios quedó con vida.

Malas inclinaciones de muchachos,
que el rigor á su tiempo no endereza,
darán el fruto de partir en cachos
al indolente padre la cabeza.



FÁBULA VII.

EL ENVIDIOSO.

Magnífico manzano
en el corral de un clérigo crecía.
Un vecino, de envidia se moría
viéndole tan fecundo y tan lozano:
él ni manzano ni corral tenía.

Y ya que de otro modo
no supo desfogar su encono fiero,
arrojaba al frutal desde un granero
el desperdicio de su casa todo,
haciendo del corral estercolero.

Bien ensució el ramaje;
mas la lluvia á su tiempo le limpiaba,
la tierra con la broza se abonaba,
y el resultado fué del ruin ultraje
que mas-fruto y mejor el árbol daba.

Mas útil que nociva
es la gente mordaz que tanto abunda,
pues hace con su rabia furibunda
que el íntegro varón mas cauto viva,
y mas pronto á sus émulos confunda.

FÁBULA VIII.

LA ROSA AMARILLA.

Amarilla volvióse
la Rosa blanca,
por envidia que tuvo
de la encarnada.

Teman las niñas
convertirse de blancas
en amarillas.



FÁBULA IX.

LOS CASCABELES DE ORO.

Blanca, rubia, lindísima, salada,
risueña, bien hablada
y en mil habilidades eminente
para su corta edad, tal era Rosa;
mas ay! enteramente
sus raras prendas olvidar hacia
una falta notable que tenia.
Rosita, la discreta, la donosa,
dió en la maña fatal de ser curiosa.
En acechar pasaba todo el dia:
todito, mal ó bien, lo averiguaba,
y en seguida á vecinos y lejanos
todo con adiciones lo contaba:
curiosidad y chisme son hermanos.
Y si alguno lo duda, gente sería
le enseñará, tratando la materia
con grande copia de razones altas,
que rarísima vez existe sola
una de aquellas faltas.
Atisbar y contar, allá en el juicio
de muchos y doctísimos varones,

son como en el reptil cabeza y cola:
son dos partes de un cuerpo, dos acciones
unidas con recíproco ejercicio:
dos formas de pecar que tiene un vicio.
—Basta de digresion, que va larguita.
Sigamos con la historia de Rosita.—
Era bien infeliz: á cada paso
llenaban á su madre las orejas
de avisos y de quejas
diferentes personas
dignas de hacer de su dictámen caso;
y Rosa castigada,
sin tregua ni descanso padecia
dolorosos ayunos y encerronas,
y siempre se veia
de toda suerte de placer privada,
raramente vestida y mal peinada.
Doña Tomasa, su mamá, se dijo:
Veré, con un ardid, si la corrijo.
No se trate ya mas de penitencia.—
Tomó la diligencia,
y marchóse á vivir en un cortijo.
Como por incidencia,
vino allí de la Corte
el médico ordinario de la casa.
Encerróse con él Doña Tomasa,
y atando por adentro el picaporte,
por no tener la cerradura llave,

fingieron ventilar negocio grave.
Rosita, con aquellos aparatos,
ya se supone que se puso alerta:
quitóse los zapatos,
y alzados los talones,
pasito á paso fué como un pilluelo,
y atisbó por debajo de la puerta.
Echada la curiosa por el suelo,
besando los ladrillos,
oyó decir á su mamá: Razones,
indulgencia, rigor, todo se aplica;
pero nada me vale con la chica.
Hay otros defectillos
que se pueden sufrir; pero este, creo
que si no es el mas feo,
es el que excita mas la antipatía:
nadie quiere vivir con un espía.
—Vamos, señora, vamos
(contextaba el doctor), compadezcamos
á tales infelices,
pues nace el ser curioso
de un órgano facial defectuoso.
—Calle! Qué órgano es ese?—Las narices.
Persona con nariz de poco peso
tiene que ser curiosa con exceso.
La curacion del mal está en la mano.
Es un sujeto de nariz liviano?
Bueno: inmediatamente

se le hace un añadido suficiente
de cualquiera metal, y agur, amigo:
en ménos que lo digo,
la persona mas terca, la mas zafia,
se olvida de espionaje y chismografía.
—Está seguro usted?—Y tan seguro
que mas no puede ser: la señorita
corre ya por mi cuenta. Pobrecita!
Usted la castigaba; yo la curo...
Y sacará una moda muy bonita,
que á costa de un pequeño sacrificio
les hará mucho bien á varias gentes.
—Y cuál es esa moda, Don[^] Patricio?
—La de llevar en la nariz pendientes.
Voy á Madrid: me labrará un platero
dos arillitos de oro con esmero;
y haré que les agregue por colgantes
un par de cascabeles elegantes,
cuidando que les ponga la bolita
del peso que la niña necesita.
Romper en la nariz los agujeros
es obra de poquísimos instantes:
durante los primeros
duele, pero poquito, casi nada.
Es mortificación por conveniencia;
y Rosa, como niña bien criada,
recibirá la aguja con paciencia.
En estando aviada

con sus bonitos cascabeles de oro,
le juro á usted por Avicena el moro
que no ha de haber por la muchacha riña.

—Corriente : cascabeles á la niña.—

Rosita sin estruendo,

pero con miedo atroz, se fué corriendo.

—Es verdad (exclamó), verdad y mucha,
que siempre oye su daño quien escucha.

Vaya que los doctores son crueles!

¡A mí querer abrírmelo

á hierro la nariz! Yo cascabeles!

Las pinchaduras dolerán de firme;

y luego, para alivio de trabajos,

¿qué papel haré yo con dos colgajos

que nadie gastará? ¿Quién se acomoda

con tan extraña, tan horrible moda?

Qué moda? Si eso iguala

á un letrero que diga: *Yo soy mala.*

Y si voy á Madrid... Virgen del Cármen!

Conmoverá la poblacion entera

el alboroto que armen

los cascabeles de Rosita Vera.

Por no estrenar el afrentoso dije,

pesado á la nariz, molesto al labio,

me corrijo.—En efecto, se corrige,

y tan completamente,

que al regresar el naricista sabio

trayendo el salutífero presente,

le dijo la mamá , de gozo llena :
Estamos por acá de enhorabuena.
La nariz de Rosita , no sé cómo,
era de pluma , y se volvió de plomo.
Ya no atisba jamas ni picotea ,
y está , gracias á Dios , desconocida.
Por eso convendrá que suspendamos
la operacion aquella consabida ;
pero si hay recaida ,
y otra vez repitiere sus deslices ,
entónces le plantamos
cascabelitos de oro en las narices.

Cascabeles , cencerros , esquilones
de buque bien capaz y brocal ancho,
llevar á la garganta deberia
la turba de curiosos embrollones,
traperos de perdidas expresiones,
que lo revuelven todo con su gancho.
Con el ruido el soplón se anunciaria ;
y al llegar á un corrillo , álguien diria:
Quédese aquí la plática pendiente,
porque el buen perillan que nos acecha,
lo parla todo , y al contarlo , miente.
Oye lo que le llega buenamente ,
y añade lo demas de su cosecha.

FÁBULA X.

TIMANTES.



Pintaba el celeberrimo Timántes
un Júpiter con ojos fulgurantes,
rayo en la diestra y en la izquierda rayo;
y al severo pintor díjole un payo :
Si en ambas manos el rigor le pones,
con cuál vierte ese Dios premios y dones ?

Es en la Omnipotencia
igual á la justicia la clemencia.



FÁBULA XI.

EL RETRATO DE JUPITER.

Haciendo por Tetuan una jornada,
ocurrióle á Mercurio la humorada
de conducir un Mono á ver el cielo.
Cogióle, pues, al vuelo,
tuvole allá una buena temporada,
y cuando al fin se le pasó el capricho,
puso otra vez en el nativo suelo
al venturoso trasplantado bicho.
En tropel acudieron sus iguales
á pedir al viajero
noticia de las cosas celestiales.
—Que nos retrate á Júpiter (decian),
que á Júpiter describa, lo primero.—
Tose el Mono y empieza
la majestad pintando y la grandeza
de la suma deidad... No le entendian.
Habla despues con religioso fuego
del amor y respeto que inspiraba...
Ninguno le escuchaba.

—Todo eso que nos dices
(interrumpió un Titi), vendrá bien luego;
pero los circunstantes
quisieran mas que refrieras ántes
si tiene el dios azules las narices,
si es peludo, si es flaco,
si es de origen papion, ó si es macaco,
si de patas con garbo se enarbola,
y hasta dónde se alcanza con la cola.

—Calla y no escandalices
(prorumpió el orador): habrá perverso!
Cola pone al Señor del Universo!
El Júpiter que ví de rayo armado,
el poderoso númen que sentado
ví del Olimpo en el sublime trono,
en nada, en nada se parece al mono.
Ningun Dios, grande ó chico,
tiene un pelo de mono ni de mico.

Pero quien mas no alcanza,
lo hace todo á su pobre semejanza.



FÁBULA XII.

BLASITO.

Estaba el niño Gil postrado en cama
de una fiebre tenaz y peligrosa,
y el médico mandó que el tierno brazo
tendiese á la lanceta salvadora.
No era Gil de los tímidos chicuelos,
que si de sangre pierden una gota,
se ponen á temblar; brioso y dócil,
se conformó con la sentencia docta.
A presenciar la interesante escena,
solicitos acuden á la alcoba
los padres, la criada, y el primero
Blas, hermano de Gil, que en él adora.
Átale á Gil el sangrador la venda,
báñale el brazo en agua, se le frota,
y la vena infantil hinchada al cabo,
el hombre el pincho con los dedos toma.
Callado Blas y atónito observaba
la rara operación preparatoria,
sin saber qué pensar; mas en el punto
que la lanceta vió... Virgen de Atocha!

Qué lágrimas! qué gritos! —Yo no quiero
(clamaba sin cesar aquella boca),
yo no quiero que pinchen á mi hermano.
Váyase usted de aquí, mata—personas!
—Cuánto me quiere Blas! dijo el paciente.
—Es muy buen corazon, dijo llorosa
de placer la mamá: lo mismo el padre
sintió, y el cirujano y la fregona.
Retiraron á Blas, pues de otro modo
su fraternal dolor allí le ahoga.
Corrió la sangre del querido enfermo,
y se alivió y curóse por la postá.
El júbilo de Blas ya se supone.
Como su afecto á Gil era una cosa
fuera de lo comun, su madre en pago
dióle unos mazapanes de Vitoria.
—A la parte me llamo, Gil le dijo.
—Guardarlos quiero, contextó con sorna
el cariñoso Blas. Para guardarlos,
se los comió en seguida el zampatortas.
—Bravo! (exclamaba Gil.) Señor goloso,
Usted que tanto por su hermano llora,
¡un miserable mazapan le niega,
y sin reparo los engulle á solas!
Pues el tener buen alma no consiste
solo en gimotear; consiste en obras.
Blasito relamiéndose, repuso:
Una cosa es llorar, y dar es otra.

FÁBULA XIII.

LAS ESPIGAS.

La espiga rica en fruto
se inclina á tierra;
la que no tiene grano,
se empina tiesa.

Es en su porte
modesto el hombre sabio,
y altivo el zoté.



FÁBULA XIV.

LA PEONZA Y LA PERINOLA.

La rebelde, la rústica Peonza
dijo á la Perinola con enfado
allá en su jerigonza:
Suerte bien desigual nos ha tocado.
A tí con mucho mimo,
cuando te hacen andar, te dan impulso,
entre los dedos revolviendo tu eje:
no se me trata á mí con tanto pulso.
Yo, cuando me andan, gimo
al compas de la bárbara correa,
con que un muchacho hereje
me arrima cada golpe que me brea;
y cuanto mas el movimiento animo,
con mas ciego furor me zarandea.
— Querida (respondió la Perinola),
en tí consiste sola
el trato que te dan: tú lo evitaras,
á ser juguete, como yo, ligero;
mas ¿qué han de hacer contigo,
si en apartando el látigo te paras?
Yo sin embargo consolarte espero.

Nuestro papá el tornero
puede, si se lo digo
y quieres animosa decidirte,
quitarte la madera que te sobra,
y en ágil perinola convertirte.
¡Friolera es la obra!
(exclamó la Peonza sofocada.)
Prefiero que el zurriago me atormente,
á sufrir que la gubia me hinque el diente.

¡No sabes ni empezar el catecismo,
y al preceptor acusas de inclemencia!
Quéjate de tí mismo:
para buen colegial no hay penitencia.



FÁBULA XV.

EL LATIGO.

La Madre de un Muchacho campesino
ganaba de comer hilando lino,
y el Muchacho, grandísimo galopo,
le hurtaba una porcion de cada copo.
Juntando las porciones, fué tejiendo
un látigo tremendo,
con la villana idea
de zurrar á los chicos de la aldea.
Los ocios del amigo no eran buenos;
la intencion, por lo visto, mucho ménos.
Dióse á pelar la rueca tanta prisa,
que hubo la Madre de notar la sisa,
y registrando con afan prolijo
el arca donde el Hijo
guardaba con su ropa sus peones,
el látigo encontró de repelones.
Cogióle furibunda,
y al Muchacho le dió tan recia tunda,
que á contar de las piernas al cogote,

no le dejó lugar libre de azote,
diciendo, al batanarle de alto á bajo:
Mira como te luce tu trabajo!
A robar te llevó tu mal deseo,
y con el robo yo te vapuleo.

Siempre verás que el vicio
se labra por sus manos el suplicio.



FÁBULA XVI.

LA SARDINA Y LA OSTRA.

Dirigida á la amable niña Doña Rosita Andriani y Palacios.

A la Ostra le dijo la Sardina:
Qué se hace usted, vecina?
Por mas que nado yo, por mas que miro,
solo en este rincon alcanzo á verla.
En qué se ocupa usted en su retiro?
—En criar una perla.

Esa perla eres tú, cándida Rosa.
Dichosa tú! ¡Dichosa
la niña á quien instruya
madre tan ejemplar como la tuya!



FÁBULA XVII.

EL NIÑO MONO.

A Curro el figurero,
grande remedador y gran gestero,
llevó su padre á ver con otros chicos
una porcion de monos y de micos,
que, prévia la licencia del alcalde,
un Charlatan al público enseñaba,
ya se deja pensar que no de balde.
Cualquier extravagante monería
que uno de los cuadrúpedos hacia,
Currito la imitaba;
pero cómo! tan bien, que sin empacho
con los bichos podía
competir y vencerlos el muchacho.
Verle saltar allí, verle rascarse,
quebrantar una nuez, una avellana,
y al encontrarla vana
escupir y enfadarse,
fué ver, no una persona,
sinó la mas estrafalaria mona.

—Usted con su cuadrilla
(le dijo en esto al Charlatan el Padre)
por fuerza gana patacones buenos,
por que en verdad, compadre,
para animales, de razon ajenos,
el instinto que tienen, maravilla:
el habla solo se les echa ménos.

—Ahí, señor Don Roque
(respondió el Charlatan), ahí es el toque.
Seis años hace que ando
á realitos ahuchando
cantidad que resulte razonable
para poder comprar un mono que hable.
Ya, gracias al Señor, junté el dinero;
mas no hallo mono como yo le quiero.—
Aquí mi Charlatan vuelve la cara,
y en las diabluras de Pachin repara.

—Jesus! (exclama con asombro chusco.)
Esto es lo que yo busco.

Un mono verdadero,
pero blanco, pelon, buena figura,
diestro para llevar nuestro vestido,
y que hable por cualquiera coyuntura.
Ya dí con él por fin; ya ha parecido
el animal famoso
que yo busqué afanoso
por todo el mundo, caminando á pata.
Si me le vende usted, me hago de plata.

Erraba el Charlatan: sobrado abunda
la raza de monillos con calzones,
que divierte de balde los salones
con esa habilidad, que Dios confunda.



FÁBULA XVIII.

EL ESPEJO Y EL AGUA.

Disputaron el Agua y el Espejo,
y fué la riña del tenor siguiente.

—EL: Yo, de genio duro, lo reflejo
todo sin aprension exactamente.

—ELLA: Pues yo, con mi carácter blando,
todo lo pinto á medias y jugando.

—El defecto menor, el mas pequeño
tizne que manche un rostro, yo lo enseño.

—La mancha enseñarás; pero, amiguito,
hago yo mas que tú, pues yo la quito.

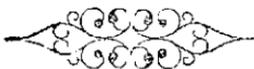
Enoja la desnuda reprimenda;
dulce amonestacion produce enmienda.



FÁBULA XIX.

LA TOHALLA.

Ay! (exclamó Isabel) ay! qué tohalla!
Cuando me enjugo el rostro, me le ralla.
Su Aya le dice: Si la broza quita,
perdona el refregon, Isabelita.



FÁBULA XX.

EL CABALLO DE BRONCE.

Niños que de seis á once
tarde y noche alegremente
jugais en torno á la fuente
del gran Caballo de bronce
que hay en la plaza de Oriente,

Suspended vuestras carreras,
pues hace calor; y oid
una historia muy de veras,
y de las mas lastimeras
que se cuentan por Madrid.

Ese Caballo años há
estaba, como quizá
sabreis sin que yo lo indique,
dentro del Retiro, allá
frente á la casa *del Dique*. (1)

(1) Así se llama, ó se llamaba, la que está á orillas del estanque mayor del Retiro.

Allí da el jardín frescura
con sus aguas y verdor,
y el canoro ruiseñor
tiene morada segura
de enemigo cazador.

Allí al Caballo volaban
con fácil y presto arranque
mil pájaros, que llegaban
á beber en el estanque,
cuyas ondas le cercaban.

Allí con reserva poca
le corria todo entero
la turba intrépida y loca,
y hallábale un agujero
que tiene el bruto en la boca.

Es de tal disposicion,
que por la parte de afuera
da fácil introduccion
á un pajarillo cualquiera
del tamaño de un gorrion.

Por adentro, sin percance,
todo el cuello de un avance
mete el pájaro; despues,
como no hay donde afiance
ni las alas ni los piés,

Ni ellos le son de provecho,
ni ellas le hacen sinó estorbo;
y empujando con despecho,

se hiere garganta y pecho
contra el borde áspero y corvo.

Y víctima el animal
de su imprudencia fatal
que salir de allí le veda,
vuela, anda, se atonta y rueda
por la cárcel de metal,

Donde triste prisionero,
pidiendo en vano merced,
sobre muchos que primero
tuvieron su paradero,
perece de hambre y de sed.

Mil avecillas, buscando
sombra densa en el estío,
mil en el invierno, cuando
ya lloviendo, ya nevando,
traspasábalas el frío,

Embocáronse en la panza
del Caballo, que en venganza
debió decir para sí:

Renunciad á la esperanza,
pájaros que entráis en mí.

Con el tiempo se mudó
del jardín en que habitó
á la Plaza donde está,
y entónces se le quitó
el cuerpo que encima va.

Y los cóncavos secretos

del cuadrúpedo cruel
aparecieron repletos
de plumas y de esqueletos
de aves tragadas por él.

Dañosa curiosidad
las condujo á muerte cruda.
—Ay! ¡cuántos en nuestra edad
por la brecha de la duda
se abisman en la impiedad!

Abismo donde pedir
favor al mortal discurso
no basta para salir:
él nos deja sin recurso
desesperar y morir.



FÁBULA XXI.

EL SANTERO.

A cierta romería,
sobre una dócil mula caballero,
iba en Andalucía
un pícaro Santero,
que de cada espolazo
al animal sacábale un pedazo,
y miéntas, cariñoso le decia:
Corra, que su cachaza me atribula,
corra por caridad, hermana mula. (1)

Faz de paloma, corazon de arpía,
palabras de ángel y obras de demonio:
tal es, sin levantarle testimonio,
la pérvida, la vil hipocresía.

(1) Verso de Lope de Vega.



FÁBULA XXII.

EL MILANO Y EL PELICANO.

Un Milano voraz, ladron de oficio,
vió el raro sacrificio
que un Pelicano hacia
para salvar á su naciente cria.
Falto de otro sustento,
su pecho mismo sin piedad heria
el amoroso pájaro contento,
y por manjar á sus polluelos daba
la sangre que la herida derramaba.
—Por Dios te juro (dijole el Milano)
que por mas que cavilo, no comprendo
esa barbaridad que estás haciendo.
¿Qué ave de juicio sano
vertiera de su sangre ni una gota
por una impertincate familiota?
Que son tus hijos: la razon es buena!
mantenlos, como yo, con sangre ajena.
Y esto ha de ser, mientras el pollo es chico;

en volando , que viva de su pico.
—¡Educacion de fácil desempeño
(respondió el buen Pelicano), propones!
Mas tú enseñas tus hijos á ladrones ;
y yo á los míos á querer enseño.



FÁBULA XXIII.

EL NADADOR.

Padre hay, de prudencia escasa,
que dice meditabundo:
Mientras no conozca el mundo,
no saldrá el chico de casa.—
¿Y sabrá lo que allí pasa,
con encierro semejante?
Contárselo no es bastante,
para evitar que se pierda.
Esta aprension me recuerda
el cuento del Estudiante.

Con un Amigo se echó
un Estudiante en el Tajo:
nadaba solo hácia abajo,
y por poco no se ahogó.
El Amigo le sacó;
y cuando ya pudo hablar,
el bueno del escolar
salió con esta sandez:
No entro en el agua otra vez,
hasta que sepa nadar.

FÁBULA XXIV.

EL MUR DE GUADALAJARA

ET EL

MUR DE MONFERRADO.



(Enjemplo del Arcipreste de Hita.)

Mur de Guadalajara , lúnes se alzó temprano:
á Monferrado fuése ver entrojar el grano.
Un Mur de franca barba en casa rescibiól,
convidól á yantar et una faba diól.
Non el gentil sabor fuye la mesa poble,
ni es la vianda poca do es el talente noble.
A los manjares rudos el placer los repara.
Pagós del hospedage Mur de Guadalajara.
El su yantar finido, é dicho el alabado,
convidó el forastero al Mur de Monferrado,
que á la su casa en villa ir le pluguiera el mártes,
á tal que hobiera estonce convite de amas partes.

E vase, et le rescibe el otro, et dale queso,
é buen tosino lardo, que non era salpreso:
un manjar mejor que otro bien á menudo y anda:
mas el villano topa que el diente le demanda.
Folgando que folgaban, departiendo despacio,
cata que suena fuerte la puerta del palacio.
Abria la señora, dentro quisier entrar:
Los mures con el miedo fugieron á la par.
Mur de Guadalajara cuélas en su forado:
el huésped, ay mezquino! corre desatentado.
Ni acá, ni mas allá do se cobije ve:
mantóvos á lo escuro pegado á la paré.
Pasado el susto recio, ida del cuarto el ama.
bien falaguero al huésped el convidante llama.
—Señor, sacude el miedo, alégrate (le diz):
sigamos con la cena: rica es esta perdiz!
—Que no, que no (responde turbado el peregrino):
malhada tus perdices adobo de venino.
Al que sosiego falta, panal le sabe á fiel:
si ese banquete plazte, come tu solo dél.
Quando fugí sin tino, por poco no me mato:
guay de mi piel estonce si sobreviene un gato!
Aquesta amarga vida ¿que val con mi cabaña,
do nunca el homen pisa, do el gato no raseaña?
Con seguridad é pas, vive un honrado mur,
sin que valor de un figo de todo lo al se cur.
Quien la tu vida quier, que sus peligros cat.
Rica de gustos es la alegre pobredat.

Explicacion de las voces anticuadas contenidas en esta fábula.

Mur, *raton*, mures, *ratones*.

Et ó é, *y*.

Enjiemplo, *ejemplo*, *fábula*.

Se alzó, *se levantó*.

Fuése ver, *se fué á ver*.

Entrojar, *encerrar los granos en trojes ó graneros*.

De franca barba, *de cara de generoso*.

Rescibiól, *le recibió*.

Convidól, *le convidó*.

Yantar, *comer*.

Faba, *haba*.

Diól, *le dió*.

Non, *no*.

Gentil sabor, *buen apetito*.

Fuye, *huye*.

Poble, *pobre*.

Talente ó talante, *voluntad*.

Plaser, *placer*.

Repara, *mejora*.

Pagós, *se pagó*.

El yantar, *la comida*.

Finida, *acabada*.

Convidó...que, *convidó á que*.

A tal que, *de modo que, á fin de que*.

Hobiera, *hubiera*.
Estonce, *entonces*.
Amas, *ambas*.
Rescibe, *recibe*.
Tosino, *tocino*.
Y, *allí*.
Topa, *halla*.
Folgar, *holgar, gozar, divertirse*.
Departir, *conversar, hablar*.
Cata, *ve, ve aquí*.
Fugieron, *huyeron*.
Cuélas, *se cuela, se mete*.
Forado, *agujero*.
Mezquino, *misero, infeliz*.
Do, *dónde*.
Cobije, *cubra*.
Mantóvos, *se mantuvo*.
Escuro, *oscuro*.
Paré, *pared*.
Falaguero, *halagüeño*.
Diz, *dice*.
Malhada (del verbo malhadar), *echa á perder*,
Adobo, *aderezo*.
Venino, *veneno*.
Fiel, *hiel*.
Plazte, *te place*.
Fugí, *huí*.
Guay, *ay*.

Val, *vale*.

Homen, *hombre*.

Rascaña, *araña*.

Seguranza, *seguridad*.

Pas, *paz*.

Figo, *higo*.

Todo lo al, *todo lo demas*.

Cur (cure), *cuide*.

Quier, *quiere*.

Cat (cate), *vea*.

Pobredat, *pobreza*.

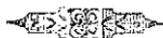


FÁBULA XXV.

LA PENA Y EL PLACER.

Despues de haber andado
el Placer de la Pena separado,
Júpiter para dar á los mortales
porcion igual de bienes y de males,
lizo ante sí venir al par opuesto.
Eran entrambos del estado honesto:
Júpiter, pues, con ocasion tan buena,
va y al Placer le casa con la Pena.
No se ha visto por vivos ni difuntos
matrimonio mejor: siempre van juntos.

Aviso al que leyere:
tema quien goce, quien padezca, espere.



FABULA XXVI.

LOS TRES QUEJOSOS.

Qué mal (gritó la Mona)
que estoy sin rabol
Qué mal estoy sin astas!
repuso el Asno.

Y dijo el Topo:
Mas debo yo quejarme,
que estoy sin ojos.

No reniegues, Camilo,
de tu fortuna;
que otros podrán dolerse
mas de la suya.

Si se repara,
nadie en el mundo tiene
dicha colmada.



FÁBULA XXVII.

LA LLUVIA DE VERANO.

Muy de madrugada
sale de su aldea
Lúcas para un viaje
de unas ocho leguas.
No hay en todas ocho
parador ni venta,
no hay por el camino
árboles siquiera.
Gran calor aguarda,
porque Julio empieza:
va por eso Lúcas
bien á la ligera.
De flexible paja
sombbrero lleva:
pantalon y chupa
son de primavera,
y alpargata leve
calza, que sujetan
lazos que le cruzan
sobre empeine y pierna.
Con lo cual y un palo

y un morral de jerga,
Lúcas diligente
del lugar se aleja.
Aun el sol no asoma,
la mañana es fresca,
nubes aparecen,
se levanta niebla.
Horas van pasando;
la humedad se aumenta:
ya menudas gotas
por el aire ruedan,
hasta que á torrentes
lanzan las esferas
lluvia que amenaza
inundar la tierra.
Cúal estaba Lúcas,
júzguelo cualquiera:
hízose una sopa
de piés á cabeza.
No era ciertamente
grande su paciencia:
enojóse, y loca
se soltó su lengua.
—Luego quieren (dijo)
que uno se someta
dócil á las leyes
de la Providencia.
Esta condenada

lluvia que no cesa,
qué motivo tiene?
qué bien acarrea?
Mala es y remala
para la cosecha,
y salud y vida
puede que yo pierda.—
Esto hablaba el necio,
cuando de unas peñas
un ladrón armado
sale y se le acerca.
Lúcas imprudente
su garrote apresta,
sin mirar que el otro
tiene una escopeta.
Del gatillo tira
el Ladrón con fuerza;
mas por dicha el tiro
sin salir se queda.
Lúcas acomete
con audacia nueva,
y el malvado entonces
huye entre las quiebras,
y para que Lúcas
algo se detenga,
la escopeta arroja,
porque ya le pesa.
Nuestro caminante

discurrió al cogerla :
No estará cargada ,
cuando así la suelta.
Mírala , y entónces ,
cual fué su sorpresa !
Carga doble dentro
del cañon encuentra ;
pero entrambas cargas
barro estaban hechas ,
y lo mismo el cebo
de la cazoleta .

—Diantre ! (dijo Lúcas
muerto de vergüenza) ,
locamente al cielo
dirigí mis quejas .
Pólvara excelente
la del Ladron era ,
y ella se inflamara
si estuviese seca .
Niebla y lluvia hicieron
que se humedeciera :
si ellas me calaron ,
me salvaron ellas .

¡Gloria á Dios que rige
la naturaleza!
No hay mal en el mundo
que por bien no venga .

FÁBULA XXVIII.

LOS POLVOS DE LA MADRE CELESTINA.

Señor Maestro (preguntó Raimundo),
los polvos de la madre Celestina,
que todo lo alcanzaban en el mundo,
¿se sabe ó se imagina
de qué pudieran ser?—Cuatro ingredientes,
(dijole el Preceptor) omnipotentes,
entraban en la mágica mixtura:
oro, saber, esfuerzo y hermosura.
Hoy, lo que tantas maravillas obra,
es el oro no mas; el resto sobra.

Por gracia, no de Dios, reina el dinero,
soberano señor del mundo entero.



FABULA XXIX.

EL ARABE HAMBRIENTO.

Perdido en un desierto
un Arabe infeliz, ya medio muerto
de sed, hambre y fatiga,
se encontró un envoltorio de vejiga.
Lo levantó, le sorprendió el sonido,
y dijo, de placer estremecido:
Ostras deben de ser. —Mas al verterlas,
Ay! (exclamó) son perlas.

En ciertas ocasiones
no le valen al rico sus millones.



FABULA XXX.

EL DINERO.

Gastó su hacienda un rico
en dar limosna,
y Dios, en recompensa,
le dió la gloria.

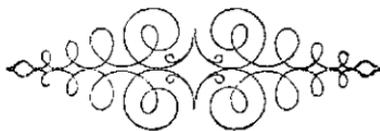
Con el dinero
de este modo se puede
ganar el cielo.



FÁBULA XXXI

LA FUENTE MANSA.

Mira esa fuente plácida, Florencio,
que fluye sin rumor, y baña el prado.
Con su ejemplo enseñado,
haz al prójimo bien, y hazlo en silencio.



FABULA XXXI.

EL PASTOR Y EL BARBERO.

(De D. Sebastian de Villavieiosa.)

Perdonándole el dinero
la barba hacia á un pastor
con la navaja peor
desazonado un Barbero.
Roma la navaja estaba;
mellas ademas tenia,
y asi el pelo no partia,
pero el rostro desollaba.
Sufria sin respirar
el Pastor la carda horrenda,
cuando fuera de la tienda
un perro empezó á ladrar
Era que el amo cruel
á latigazos le hundia.
Nuestro Barbero decia:
qué harán con el Perro aquel?
—Si no lo acertais, yo sí,

(repuso el Pastor bufando),
le estan sin duda afeitando
de limosna como á mí.

Barbero descomunal,
compasion del pobre ten :
si haces al prójimo bien,
no se lo amargues con mal.



FÁBULA XXXIII.

LA ZARZA.

A la Zarza punzante
un sauce preguntó: ¿Por qué mamá
cuando cerca de tí pasa un viajante
clavas las garras en él con tal porfia?
¿Es que te ofende si contigo topa,
ó tratas de quedarte con su ropa?
«No es (contestó el arbusto), por quitarla,
pues en mí no lo empleo;
pero me tiro á cuanta ropa veo,
porque tengo un placer en desgarrarla»

Murmurador injusto,
Por qué derramas hiel?—Porque es mi gusto.
—Gustos, á sí, tan malos,
(dice bien el refran) merecen palos.



FABULA XXXIV.

TERSITES.

(De D. Antonio Puigblanch).

De tantos guerreros
que Grecia envió,
al sitio de Troya
con Agamenon,
uno fué Tersítes,
mordaz hablador,
y el ente mas raro
que nunca se vió.
Con una joroba
de marca mayor,
los ojos torcidos
á un lado los dos,
mal pelo, y cabeza
de guardacanton,
juntaba el ser cojo
el ángel de Dios.
La pinta era mala,
la lengua peor:

completo era el hombre
un coco bufon.

Creyendo sus faltas
ocultar mejor
con que á las ajenas
llame la atencion ,
á diestro y siniestro
pica su furor ,
sin que deje quieta
persona de pro.

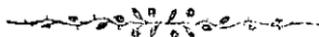
Si álguien, sobre todo,
no es de su opinion ,
á este arremetiendo
con bilioso humor ,
tan desaforado
clava el aguijon ,
que mas que una avispa
levanta escozor.

Ninguno entretanto
me le escarmentó ,
y fué, por supuesto ,
mas vano y atroz.

Un dia, tomando
tono regañon
en una asamblea
que se congregó,
quiso que le diesen
de todo razon.



Por qué ha de ser esto?
Por qué aquello no?
en una palabra,
meterse á mandon.
El príncipe Ulises,
que tal cosa oyó,
teniéndole ganas
de tiempo anterior,
al bicho se vuelve,
y alzando el baston,
le mide la espalda
muy á su sabor.
El títere entónces,
mudando de son,
se queja á los griegos
pidiendo favor.
Yo (exclama) qué hice?
— Qué hiciste, bribon?
(Ulises le grita
con hórrida voz).
Hiciste, siguiendo
tu mala intencion,
ofensas á muchos,
y véngolas yo.



FÁBULA XXXV.

RECETA CONTRA IMPORTUNOS.

Ha dado toda la gente
rica y pobre del lugar
en venirme á visitar,
y no sé como la ahuyente.
Así á Blas dijo Vicente;
y él repuso: Fácil es,
y apuesto á que pronto ves
que huye de tí el mundo entero.
Pídele al rico dinero,
y al pobre no se lo dea.



FÁBULA XXXVI.

EL OSO Y EL ELEFANTE.

Quejábbase el Oso torpe
al Elefante sagaz
de cierta contradicción
que no acertaba á explicar.
—¡Cuidado (exclamaba el pobre),
que raya en atrocidad
lo que los hombres exigen
de un infeliz animal!
A mí, que soy justamente
la misma formalidad,
¿no se empeñan los malditos
en obligarme á bailar?
Si saben que esas monadas
no son de mi natural,
¿por qué cuando ven que bailo,
me silban sin caridad?
—Tambien (dijo el Elefante)
me enseñan á mí á danzar,
y á fe que tú no me ganas

á respetable y formal.
Y sin embargo, de mí
nadie se rie jamas;
ántes aplaudir he visto
á todos mi habilidad,
admirando que una bestia
tan pesada y colosal
sepa mover diestramente
los cuatro piés á compas.
Con que si en hacerte burla
la gente fisgona da,
no debe ser porque bailas,
sinó porque bailas mal.



FÁBULA XXXVII.

LA VISION Y EL LIBRO.

A cierto Pecador impenitente,
de los que tienen conocidamente
ya en la conciencia callo,
todas las noches al cantar el gallo,
una horrible Vision se aparecia.
De nada al visitado le servia
valerse de conjuros y oraciones:
tiesa que tiesa la Vision impía
dos horitas con él se divertía,
sus ojazos clavándole saltones:
Huy! El Señor nos libre de visiones.
Una noche de invierno
en que rabiaba el hombre de furioso
con aquel pasmarote sempiterno,
va y coge una novela,
fresquita produccion de autor famoso,
perteneiente á la infernal escuela
patrona del delito,
y pónese á leer á voz en grito.

Meruvia el indecente novelucho
en pasos y personas discordantes.
Allí escenas de crápula y garito;
allí era ver sayones y danzantes,
hijas de emperador, disciplinantes
con máscara y hachon y capirucho,
brujas que revolaban sobre escobas,
sangre desperdiciada por arrobas
en duelos, en patíbulo y tortura,
canto de gori gori, sepultura,
y al terminar la deleitable historia,
infierno y limbo, purgatorio y gloria.
Al oír lo bestial de cierto chaseo,
pricipió la Vision haciendo gestos.
Llegaron dos pasajes nada honestos,
y á la pobre Vision le dieron asco.
Bufando á cada instante,
sufrió la relacion una hora justa;
pero despues se le apuró el aguante,
y dando un revolcon, tomó el portante.
—Esta clase de libros no le gusta
(dijo con alborozo el visitado) :
pues bien, ya tengo el exorcismo hallado.—
A la otra noche, la Vision en casa.
El hombre, zas, comienza la lectura;
y la visita incómoda le dura
solo media hora escasa.
Lo que es á la tercera

no dejó la fastasma ni siquiera
dos hojas acabar : huyó diciendo :
No temas que mi vuelta se repita ;
mas ya que te irritaba la visita ,
sábetete que un suplicio mas tremendo
te ha de venir , bebiendo
la moral de tu hermosa novelita .

Escritos hay en cantidad no corta ,
que ni el mismo demontre los soporta .



FÁBULA XXXVIII.

EL ABANICO.

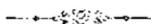
Para ocultar el rostro
enrojecido,
á las niñas dió Vénus
el abanico.

Ciertas y ciertas
cubren con él la falta
de la vergüenza.



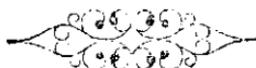
FÁBULA XXXIX.

EL LEON DESVELADO.



Un adusto Leon, rey de uña brava,
con su bufon el Mono conversaba,
y díjole una vez : Oyes, bamboche?
Yo no duermo en la cama por la noche.
—Váyase (replicó travieso el Mono)
por lo mucho que duermes en el trono.
Mató el rey al bufon por la osadía,
y no durmió de noche ni de día.

No es fácil que repose dulcemente
ocioso cuerpo ni alma delincuente.



FÁBULA XL.

EL SUEÑO DEL MALVADO.

La fábula anterior iba leyendo
un Caminante á pié, y halló durmiendo
en regalada paz bajo unos pinos
á un Salteador famoso de caminos.
Alejóse de allí; mas entre dientes
á la fábula dijo: Amiga, mientes.
El hombre de quien huyo acelerado,
goza un sueño feliz, y es un malvado. —
Sacó por sí la cara,
contextando la Fábula: Querido ,
si el ladron no durmiera, te robara:
mira lo que su sueño te ha valido!

Excepciones padecen, mas ó ménos,
las reglas generales.
Mientras quietos están los criminales,
no peligran los buenos.

FÁBULA XLI.

LA COCINERA Y EL GATO.

(De D. José Agustín Ibañez de la Rentería.)

Entró Marramaquiz en la cocina,
y hurtada se llevó media gallina.
Furiosa le siguió la Cocinera;
pero alcanzarle ya, difícil era,
como que en tal oficio
no era Marramaquiz gato novicio.
En esto viene el Ama:
el hurto sabe, y furibunda clama,
diciendo á la sirvienta negligente:
Cuando sabes que yo continuamente
á repetir me mato
que no ha de estar en la cocina el Gato,
por que él nada perdona,
cumples así mis órdenes, bribona?
Que él es ladron, me dices.
Si le das con la presa en las narices,
qué estrañas el habérsela llevado?
Quien quita la ocasion, quita el pecado.

FÁBULA XLII.

EL CUERVO Y LA ZORRA.

Rabiaba un carnicero
con el pícaro gato de un vecino;
y por matar al animal dañino,
separó una tajada de carnero,
y adobada con dósís algo fuerte
de un tósigo de muerte,
púsola en el tejado,
por donde á su capricho
entraba á merendar el susodicho.
Un Cuervo que lo vió, partió flechado,
pilló el macizo trozo,
y á un árbol escapó lleno de gozo.
Al tiempo que iba el Grajo
á trinchar el magnífico tasajo,
hete pues, que aparécese la Zorra,
con gana siempre de comer de gorra,
y exclama diestra con acento blando:
Ave de Jove! te saludo grata.—

El Cuervo preguntó á la mojígata :
A quién discurrees tú que estás hablando?
—A quién? (le respondió la zalamera)
al águila altanera,
que del lado de Júpiter clemente
baja diariamente,
y echa desde la copa de esa encina
el don que por sustento me destina.
¿A qué venir disimulando ahora,
cuando miro en tu garra triunfadora
la codiciada presa,
que á esta desamparada criatura
contigo el Dios envía de su mesa?
—La Zorra se figura
(para sí dijo el Cuervo complacido)
que soy águila yo: locura fuera
desengañarla y deshacer el trueco.
Soltó con bizarría majadera
el robo por la Zorra apetecido,
tendió las alas y se fué tan hueco.
El animal astuto
cogió contento el fruto
debido á sus indignas artimañas.
Cómelo con presteza :
convulsiones extrañas
luego á sentir empieza,
y abrásale el veneno las entrañas.
Ciertos bien conocidos perillanes,

que viven de adular á la simpleza
sin rastro de pudor, ¿no fuera bueno
que tragan en salsa de faisanes
una dosis decente de veneno?



FÁBULA XLIII.

EL LEON Y LA LIEBRE.

Cierto Leon solia
por su bondad de genio
tener con una Liebre
sus ratos de recreo.
¿Es verdad (preguntó
la Liebre en uno de ellos)
que un miserable gallo,
si empieza el cacareo,
os hace á los Leones
tímidos ir huyendo?
—No tienes que dudarlo
(dijo el Leon sincero):
lo mismo al elefante
le pasa con el cerdo,
que si oye su gruñido,
se asusta sin remedio.
Los grandes animales
(preciso es conocerlo)
una flaqueza de estas

por lo comun tenemos.

—Sí? (replicó la Liebre.)

Vamos, pues ya comprendo
por qué tememos tanto
nosotras á los perros.



FÁBULA XLIV.

EL LEON Y LA RAPOSA.

(Del Maestro Tirso de Molina.)

Viejo el Leon una vez
y tullido (que no es nuevo,
quien anda mucho mancebo,
cojear á la vejez);
como no podia cazar
y estaba solo y hambriento,
aguzó el entendimiento
para comer sin andar;
y llamando á cortes reales,
mandó por edicto y ley
que supuesto que era rey
de todos los animales,
acudiesen á su cueva.
Fueron todos, y sentados,
dijo: Vasallos honrados,
voy á daros una nueva
extraña, que en mí provoca
grandísima desazon:

sabed, pues, que yo el Leon
padezco de mal de boca.
No es bien que á sujeto real,
de tantos brutos señor,
le dé repugnante olor
su dentadura fatal:
así el servicio me hareis
algunos de los presentes
de registrarme los dientes,
á fin de que me informeis
qué hueso estará en el caso
de que se limpie ó se saque,
para que pronto se aplaque
la incomodidad que paso.
Metióse con esto adentro,
y yendo á verle uno á uno,
de allí no salió ninguno.
La Raposa, que es el centro
de las malicias, olió
el poste inmediatamente;
y llamándola el paciente,
en vez de entrar se apartó.
Cogió en el campo una toba,
ó caña de cardo seco,
mondo, larguísimo y hueco;
llegó hasta la régia alcoba,
y asomando la cabeza,
dijo: Por no ser tenida,

:

por sucia y descomedida,
no entro á ver á vuestra alteza;
pues como paso trábajos,
hoy con ajos almorcé,
y á un príncipe, ya se vé
que le han de ofender los ajos.
Por aquesta cerbatana
vuestra alteza eche el aliento;
que si al recibirle siento
mal olor, es cosa llana
que hay muela que se dañó,
y el sacarla no es mi cuenta,
pues no hay en casa herramienta
ni sé manejarla yo.

Huyó con esto advertida,
diciéndose al escapar:
Nunca fue cordura entrar
dónde no se ve salida.



FÁBULA XLV.

EL DROMEDARIO Y EL CAMELLO.

El Camello le dijo
al Dromedario:
—Comparado contigo,
cuánto mas valgo!
—No cabe duda:
yo tengo dos jorobas:
tú tienes una.



FÁBULA XLVI.

LA LLAVE.

Saliendo á media noche de un jolgorio
con la razon turbada por el vino
cierto Don Juan Tenorio,
quiero decir, un mozo libertino,
travieso cuanto cabe,
dió un tropezon y se encontró una llave.
—Esta llave, sin duda
(dijo entre sí con lengua tartamuda),
es mi suerte, mi estrella, mi destino.
Bien la conozco: la perdió la viuda
que por aquí desde la iglesia pasa,
la esquivá y hermosísima Colasa,
por quien suspiro há meses y me alampo.
Voy á su casa, pues, y allá me zampo.
Allá se fué; mas por estar peneque
y ser la noche oscura,
trocó el jóven audaz con otra casa
la de su amada y rigida hermosura;
pero metió la llave por el trueque

justamente en su propia cerradura.
Abrió, salióle un quídam al encuentro,
que principió con él á soplamocos,
y el hombre conoció que estaba dentro
de un hospital de locos.

Suelen venir á ser los calaveras
locos al fin de veras.



FÁBULA XLVII.

EL COMPRADOR Y EL HORTERA.

Cuentecillo forjado por deleite
parecerá sin duda la contienda,
que se trabó en Madrid en una tienda
de vinagre y aceite.

Despachaba en la calle de Torija
líquidos un Muchacho madrileño;
y otro, según la traza, lugareño,
fué por aceite allí con su vasija.

—Tú, cara de lechuza
(dijo sin aprension el Forastero),
despáchame ligero,
lléname bien la alcuza.

—Cuando sepas hablar en castellano
(le replicó el Hortera),
sabrás que lo que tienes en la mano,
se llama la *aceitera*.

—En toda tierra que garbanzos cria
(contextó el provincial enardecido),
alcuza siempre ha sido,

y alenza la nombramos en el día.

--En tierra (dijo el otro) de garbanzos,
corre por aceitera solamente;
y quien le ponga nombre diferente,
ha nacido entre malvas y mastranzos.—

El Patan en sus trece se mantuvo;
le rechazaba el Horterilla listo:
se incomodaron, y hubo
por consiguiente la de Dios es Cristo.

A las voces y apodos
cachetina siguió larga y furiosa:
todo por una cosa
que se puede llamar de entrambos modos.

Pueril extravagancia
es, pero comunísima en el hombre,
no poner en disputa la sustancia
y reñir por el nombre.



FÁBULA XLVIII.

LA FORTUNA.

Hízose moda llamar
á la Fortuna cruel
y ciega y loca de atar:
ella mandó circular
por todo el orbe un papel.

«Quien tuviere (en él decia)
conmigo cuestion alguna,
preséntese en Almería
tal año, tal mes, tal día.
Firmado: Yo la Fortuna.»

Voló todo pretendiente
por no llegar el segundo.
Cuánta cara diferente!
Hasta de Zafra hubo gente,
que es pueblo fuera del mundo.

Con terrible trapisonda
pasó el primer peloton
al local de la sesion.
Una gran mesa redonda

casi ocupaba el salon.

Cubre la mesa un brocado;
y en el centro, donde ya
ningun brazo llegará,
se halla esparcido y mezclado
cuanto la Fortuna da.

Bastones, mitras, dogales,
moneda en bolsas distintas,
plumas, azadas, puñales,
mantos, bulas, vendas, cintas,
en suma bienes y males.

La Fortuna, que es traviesa,
cuando vió el tropel entrar,
se entretuvo en colocar
por la orilla de la mesa
muchas cañas de pescar.

Y dijo con aire ufano:
Para que el linaje humano
cese de ponerse apodos,
van á tener en la mano
desde hoy su ventura todos.

En la mesa viendo estais
cuanto recibí del cielo:
con el brazo no llegais;
vamos á ver qué sacais
con hilo, cuerda y anzuelo.

Si algun infeliz se engaña,
y mal por bien se le enreda,

que se queje de su maña.
Señores, mano á la caña,
y á pescar lo que se pueda.---

¡Allí fué ver á la par
á fogosos y tranquilos
anzuelos al aire echar!
¡Allí enredarse los hilos,
y romperlos al tirar!

Tras una dote un machucho
fatigó la caña mucho;
pero con tan mala traza,
que le salió un cucurucho
de dulces de calabaza.

Por un anillo ducal,
que una Vénus de arrabal
ambicionó muy de veras,
enganchó un par de tijeras
y un hábito de sayal.

Un coplero sin donaire
por poco un laurel alcanza;
mas, burlando su esperanza,
le alzó una manta en el aire
como al pobre Sancho Panza.

Un jugador que á un bolsillo
el anzuelo encaminó,
hizo presa en el gatillo
de un cargado cachorrillo,
que al disparar le mató.

Pescaba el sordo muletas
y el volatin andadores,
y algunas niñas inquietas
pescaron en vez de flores
hilo hermoso de calcetas.

Y entre tanto un guardador
de la villa por la noche
(sereno diré mejor)
se halló con palacio y coche,
Serenísimo Señor.

Así entre ruidosos gritos,
de pena ó de gusto locos,
picaron allí toditos :
los contentos fueron pocos,
los quejosos infinitos.

Vió la Fortuna la gresca,
y en ella su desagravio,
y con lástima burlesca
dijo al fin: Que Diego el sabio
nos dé una leccion de pesca. —

Llaman al sabio Don Diego,
y entra conducido luego
de un perrillo ladrador.
—Calla! (exclaman) es un ciego!
Buen ojo de pescador!

Silban todos al pobrete ;
y él sin que nada le inquiete,
oye, tienta, hace su arroje,

y en vez de una prenda , coge
con el anzuelo el tapete.

Bravo! claman por aquí.
Viva! chillan por allá.
Buena la leccion está!—
Don Diego entre tanto va
tirando el tapete á sí.

Con él vino, por supuesto
cuanto en él estaba puesto
porque nadie lo pilló,
y al pié del sabio modesto
desde la mesa rodó.

Coronas de soberano,
dotes de bella mujer,
bastones, oro, placer:
todo lo tiene en su mano,
de todo puede escoger.

A un cetro tomó afición;
mas pesaba en demasía:
lo dejó con un baston,
que vió que se convertía
en látigo de sayon.

Encontró venalidad
en el sí de una belleza,
en un laurel vanidad,
cuidados en la riqueza,
y odio en la celebridad.

Y en vez de gloria y poder,

tomó el limitado haber
de una honrada medianía ,
que vivir le permitia
sin malgastar ni deber.

—El ciego os ha de enseñar
(dijo la Fortuna al dar
la señal para salir)
cómo podreis alcanzar ,
cómo debeis elegir.

Legítima herencia son
del ilustrado varon
los bienes que el mundo encierra ;
pero no hay dicha en la tierra
donde no hay moderacion.



FÁBULA XLIX.

EL DIAMANTE Y EL CRISTAL.

Cierto lapidario
perdió en un camino
un Diamante tosco
y un Cristal pulido.
A su camarada
el Diamante dijo:
Yo salir espero
pronto de este sitio.
Piedra soy al cabo
de valor crecido:
quien me encuentre, llena
de oro su bolsillo.—
El Cristal picado
respondióle: Amigo,
mucho es lo que vales;
pero no te envidio.
Tú y un vil guijarro
pareceis lo mismo:
¿quién, pues, ha de verte

si te falta el brillo?
Unos pasajeros
acercarse miro:
vamos á ver de ambos
quién es preferido.—
El Cristal lanzaba
resplandores vivos,
y esto á los viajeros
reparar les hizo.
Bájanse á cogerle,
le alzan con cariño,
y entre tanto pisan
al Diamante rico.
Y sin ser de nadie
desde entónces visto,
se quedó en el polvo
para siempre hundido.

Méritos ahora
húndense de fijo,
si les falta un poco
de charlatanismo.



FÁBULA I.

LOS VIAJES.

Un Pescador, vecino de Bilbao,
cogió, yo no sé donde, un Bacalao.
—Qué vas á hacer conmigo?
(el pez le preguntó con voz llorosa.)
El respondió: Te llevaré á mi esposa:
ella con puerilidad y ligereza
te cortará del cuerpo la cabeza:
negociaré despues con un amigo,
y si me da por tí maravedises,
irás con él á recorrer países.
—Sin cabeza! Ay de mí! (gritó el pescado.)
Y replicó el discreto vascongado:
Por esa pequeñez te desazonas?
Pu es hoy viajan así muchas personas.



FÁBULA LI.

EL ASNO FELIZ.

Llevaba por las calles un Jumento
varios tiestos en flor, y el grato aroma
que embalsamaba el viento,
al rededor juntaba del Pollino
cuantas narices de goloso olfato
hallaba en el camino.
Viendo que se le sigue, va y lo toma
por él el mentecato,
y exclama interiormente:
No hay duda que hay aquí muy buena gente,
y es conmigo finísima en sus modos.
Todos me obsequian, me acompañan todos.—
La estacion de las flores poco dura.
Succede que otro día
le cargan á mi Burro de basura;
y huyendo entónces el fatal encuentro,
se vuelve cada cual ó se desvia,
y en hallando un portal, se mete dentro.
Y el animal decia:

No se me puede honrar mas á las claras:
todos, para que marche sin tropiezo,
se apartan de mi lado veinte varas.

Así vive feliz un arrapiezo
de los que dicen *ignociencia* y *buya*,
porque tiene la suerte
de que nada interpreta en contra suya,
y todo en su provecho lo convierte.



FÁBULA LH.

ESOPO Y EL BORRICO.

Al buen Esopo dijole un Borrico:
Por quien soy te suplico,
si en algun cuentecillo me introduces,
que pongas, como debes, en mi labio
singular discrecion, lenguaje sabio. —
Esopo respondió: Yo bien podria
fingirte bestia de talento y luces;
pero al ver tan solemne desatino
todo el mundo á una voz nos llamaria,
el filósofo á tí, y á mí el pollino.

Es alabar á un necio
locura digna de comun desprecio.



FÁBULA LIII.

EL CUADRO DEL BURRO.

Pintó el insigne Don Francisco Goya
con tan rara verdad y valentía
un Burro de la casa en que vivía,
que el cuadro borrical era una joya.
Míster qué sé yo quién, inglés muy rico,
veinte mil reales por el lienzo daba:
Goya, que á la sazón necesitaba
un estudio bien hecho de borrico,
tenaz á enajenarlo se negaba.
Oyendo al fin un día
el Asno vivo discutir el trato,
exclamó sollozando de alegría:
Mil duros da el inglés por mi retrato!
Por el original, qué no daría?



FÁBULA LIV.

EL JUMENTO MURMURADOR.

Señor, es fuerza que la sangre corra,
(dijo al Leon solícita la Zorra.)
Sin cesar el estúpido Jumento
de tí murmura con furor violento.
—Bah! (respondió la generosa fiera),
déjale que rebuzne cuanto quiera.

Pecho se necesita bien mezquino
para sentir injurias de pollino.



FÁBULA LV.

EL PERAL.

A un Peral una piedra
tiró un Muchacho,
y una pera exquisita
soltóle el árbol.

Las almas nobles,
por el mal que les hacen,
vuelven favores.



FÁBULA LVI.

LA LUCIÉRNAGA Y EL SAPO.

En el silencio de la noche oscura
sale de la espesura
incauta la Luciérnaga modesta,
y su templado brillo
luce en la oscuridad el gusanillo.
Un Sapo vil, á quien la luz enoja,
tiro traidor le asesta,
y de su boca inmunda
la saliva mortífera le arroja.
La Luciérnaga dijo moribunda:
¿Qué te hice yo para que así atentaras
á mi vida inocente?
Y el monstruo respondió: Bicho imprudente,
siempre las distinciones valen caras:
no te escupiera yo, si no brillaras.



FÁBULA LVII.

LOS CARACOLES.

Dos Caracoles un día
tuvieron fuerte quimera
sobre quién mayor carrera
en ménos tiempo daría.
Una Rana les decía:
Yo he llegado á sospechar
que sois ambos á la par
algo duros de mover:
ánles de echar á correr,
mirad si podeis andar.



FÁBULA LVIII.

EL FILÓSOFO Y LA VERDAD.

Un Filósofo, joven atildado,
cómodo y además acomodado,
tuvo el capricho de emprender un viaje
á buscar la Verdad en carruaje
que marchara veloz á toda costa.
El Filósofo pues, tomó la posta,
y por villas, lugares y caminos
á su vez á viajeros y á vecinos
ansioso preguntaba:
¿No sabéis cuánto dista
el alcázar insigne donde mora
su alteza la Verdad?— A esa señora
(cada cual contextaba),
dificilmente le hallaréis la pista.
Lo que es yo, ni de trato ni de vista
ni de oídas conózcola siquiera,
porque en mi vecindad es forastera.—
La esperanza el Filósofo perdía,
cuando una tarde al fin, bien á deshora,

encontró una pastora
que pellico blanquísimo vestia.
La copa del sombrero le ceñia
corona singular, ó bien guirnalda,
de ajenjo, siempreviva y azucena:
cubriale los hombros y la espalda
riza, copiosa, undívaga melena,
y su semblante á veces parecia
de atezado color, feo y agreste;
y luego descubria
cándida y rósea tez, beldad celeste.
—¿Sabes, gentil doncella
(dijo nuestro filósofo viajero),
cuál es de la Verdad el paradero?
—Para saberlo (respondió sencilla)
nadie mejor que yo.—¿Qué maravilla,
si la zagala aquella
era, con su pellico y su corona,
la Verdad en persona?
Por lo mismo su rostro parecia,
segun la posicion del que veia,
ó segun los antojos del deseo,
unas veces hermoso y otras feo.—
Ahora bien, pastorcilla
(el caminante prosiguió), ¿por dónde
ha de guiar el conductor la silla?
—Ay, Señor! (le responde)
la rústica, la incógnita cabaña,

que habita la Verdad, está en la cima
de una altísima y áspera montaña:
sube un sendero allá, que pone grima,
y lo fragoso de él y su angostura
no dan lugar á rueda ni herradura.
Al conductor y al amo les aviso
que á pié, con harto afan, ir es preciso.
—A pié! (clamó el señor) ¡á pié jornada,
segun lo que me dices, tan molesta!
Qué será de mi bota charolada?
¿Mas qué Verdad es esta,
que fama de útil en el mundo goza,
y en lugar de palacio, vive en choza?
Verdad que tanto cuesta,
y que es tan ignorante, sobre todo,
que desconoce el modo
de hacerse con dinero,
no es para nuestra edad, y no la quiero.

Hoy dia es evidente
que el saber se conquista sin trabajo.
En costando fatiga... buenas noches.
Si quiere la Verdad culto frecuente,
viva con esplendor y en sitio bajo,
accesible á los coches.



FÁBULA LIX.

LA SOBRIEDAD DEL GATO.

Bebe agua pura como yo, borracho,
(dijo el Gato al Mosquito.)
¿Cómo tu paladar halla exquisito
ese indecente y pérfido calducho,
de cuyo olor no más tomo yo empacho?
—¿De manera que usted, según escucho
(contextó al miz el músico de oreja),
solo el vinillo deja,
porque la tal bebida no le agrada?
Pues yo también, sin ponderarlo nada,
ese mérito igualo peregrino.
Si usted no cata el vino,
yo no como ratones, camarada.



FÁBULA LX.

EL TESORO.

Un tesoro encantado
en cierta gruta de Aragon habia :
fiero dragon alado,
cuya boca metralla despedia,
y cuyos ojos nunca
se cerraban, guardaba la espelunca.

(Paréntesis: he dicho
espelunca en lugar de *gruta* ó *cueva*;
mas no por el capricho
de rebuscar la voz mas rara ó nueva :
la ley del consonante
fué la que me obligó.—Paso adelante.)

D. Lope Revoltillo,
gran señor en los cántabros confines,
congregó en su castillo
cien y cien esforzados paladines,
de combatir sedientos.
Por cien y cien, entiéndase doscientos.
Número suficiente

aquel le pareció para la empresa
de quebrantar la frente
al dragon de la gruta aragonesa,
y de aquellos rincones
sacar á luz millares de millones.

Gastó el buen caballero
en equipar su ejército, aunque chico,
gran copia de dinero,
y aun para cierto endemoniado pic o
de no pequeño alcance,
contrajo deudas, trampas en romance.

Ello fué de manera
que al avistar en Aragon el punto
guardado por la fiera,
el bizarro adalid halló por junto,
limpios de polvo y paja,
cuatro maravedises en la caja.

Traban la lid: en ella
van todos al dragon, y él acomete,
derriba y atropella
capitan y peon, bruto y jinete.
Cien combatientes, ciento,
rindieron en sus garras el aliento.

Herido ya Don Lope,
con ímpetu mayor al monstruo avanza,
y sin que en hueso tope,
métele por los hígados la lanza.
Da un bufido sonoro

y muere el animal. Bien! Y el tesoro?

El tesoro importaba,
rara casualidad! precisamente
lo mismo que llevaba
Revoltillo gastado con su gente;
no contando las vidas
en la refriega bárbara perdidas,

Ni el afan y molestia
de armar la expedicion, ni un chirlo guapo
que á Lope dió la bestia.
Pero en compensacion hallóse un trapo,
hilo y una redoma
con dos onzas de bálsamo de Roma.

Son los conquistadores
gloria de su pais, pero funesta.
Esfuerzos destructores
cada laurel á la nacion le cuesta,
y tras hechos brillantes,
queda, si estaba mal, tan mal como ántes.



FÁBULA LXI.

EL ELEFANTE BLANCO.

Cazado fué en un bosque
del reino de Siam
un Elefante blanco,
magnífico ejemplar.
Al que hallan los Siameses
con circunstancia tal,
divino le reputan
y adoracion le dan.
No hay que admirarse mucho
de tanta ceguedad:
tambien hay quien adore
cuadrúpedos acá.
Domesticada un poco
la rústica deidad,
con su abultada mole
honró la capital.
En un palacio rico
hicieron habitar
á su divina-blanca
elefancianidad.

Allí en bandejas de oro
y bombas de cristal
el pienso y la bebida
le daban á embaular:
incienso le ofrecia
con obsequioso afan
caterva numerosa
de gente principal,
y cuando en sus paseos
cruzaba la ciudad,
por tierra se postraba
la turba popular.
Acompañaba un guia
al dios irracional,
hombre que ser pudiera
allí divinidad.
Con este el Elefante
se puso á conversar,
y preguntóle un dia
cierta dificultad.
—¿Por qué (le dijo) siempre
que voy á pasear,
se me arrodillan todos
cuantos al paso están?
Demostracion tan rara,
yo no sé á qué vendrá,
pues yo no dejo al cabo
de ser un animal.

—¡Oh (respondióle el guía)
modestia singular!

Mejor sabeis la causa
que un infeliz mortal.
Punto es de fe que luego
que al seno de la paz
los héroes eminentes
de nuestra tierra van,
sus almas vida nueva
principian á gozar
en cuerpos de elefante,
cual vos, y nada mas;
y á fin de que los hombres
los puedan venerar,
esa blancura rara
nos sirve de señal.—

Pasmado el Elefante
oyó á su familiar.

--Eso (exclamó) ni aun pude
soñarlo yo jamas.

¡Yo en otros tiempos hombre,
y hombre que fué capaz
de todo lo que llaman
humana heroicidad!
Calumnia semejante
no debo tolerar.
¿Qué rasgos en nosotros
heróicos se verán?

Distingue al elefante
la magnanimidad:
con un contrario débil
rehusa pelear:
no envidia á sus iguales:
no es vano y suspicaz:
feliz en su retiro
mantiénese frugal:
y casto en sus amores,
y fiel á su mitad,
no duda por su raza
su sangre derramar.
¿Cuál de los héroes todos,
que hoy se celebran mas,
cuál tuvo de estas pocas
alguna cualidad?



FÁBULA LXII.

LOS LOBOS.

Por Dios una descarga de metralla,
(gritó á su cabo con horror un quinto).
Ya todo este recinto
de hambrientos Lobos infestado se halla,
que devoran feroces
los muertos que al ejército contrario
hizo nuestro valor en la batalla.
—Oye tú, perdulario
(dijo al recluta con aullido fuerte
un Lobo cano, que sintió las voces),
por qué han de disparar? En qué pecamos?
Nosotros enterramos
y vosotros matais: y de esta suerte,
quién será el criminal digno de muerte?



FÁBULA LXIII.

EL PESCADOR.

Un pobre Pescador, volviendo al puerto,
sacó en la red un muerto.
Sin mirar si era fiel ó si era moro,
sepultura le dió, y halló un tesoro.

Premio de su virtud sencilla y pura,
la caridad le trajo la ventura.



FÁBULA LXIV.

LA TIERRA DE LOS COJOS .

No léjos dél *Estrecho*
que hoy es de *Gibraltar* apellidado,
hubo ántes un país, ya sepultado
por la furia del mar. Allí no había
ni un hombre que al andar fuese derecho:
ey natural, que de sorpresa embarga
por única en el mundo todavía,
nacer á los indigenas hacia
con una pierna corta y otra larga.
Salta pues, á los ojos
que, á tales piernas, era
consiguiente y precisa la cojera;
pues aunque hay muchos cojos
por otras causas que decir no importa,
cojo es el que se ve por su desdicha
con una pierna larga y otra corta,
ó, términos usando generales,
el que tiene las piernas desiguales.
Aparte de la gracia susodicha,
cual si tuvieran en la lengua nudos

mujeres y varones,
hablaban además á trompicones:
cojos eran en fin y tartamudos.
Arribó á este país un Europeo,
y al notar circunstancia tan chocante,
dijo muy arrogante:
Rey voy á ser aquí, pues no cojeo.—
El hombre se llevó terrible chasco.
No bien de una ciudad las calles pisa,
cuando viéndole andar los moradores,
quién de lástima exclama, quién de risa:
fruncen el gesto, y aparentan asco
Señoras, Señoritas y Señores:
haciendo muecas y soltando pullas,
sigue la multitud al forastero,
«que anda como los pavos y las grullas,»
y hasta un despilfarrado zapatero,
asiéndole del brazo,
en tomarle medida se empeñaba
para hacerle una bota, que supliera
con lo alto del tacon el gran pedazo
que, según él juzgaba,
en una pierna al otro le faltaba.
Burlado el infeliz de tal manera,
ya no pudo callar.— Pueblo sin juicio
(grita con voz robusta y altanera),
ir derecho, no es vicio;
lo vicioso y lo feo

es el vaiven, el torpe bamboleo
que sin cesar vais dando
por no saber andar: yo soy el que ando;
y atónitos de ver mi gallardía,
cada cual imitarme debería,
si esto le fuese dable
á una turba de cojos miserable.—
Todas estas injurias imprudentes
no las oyeron bien aquellas gentes;
pues como al son de la primera frase
del colérico huésped, observaron
que no era tartamudo, no esperaron
á que él sus invectivas acabase,
para aturdirle á voces y silbidos.
Cosa fué de taparse los oídos.
—Qué—qué—qué—qué (decían) lengua—guajel
De—de lo que habla el mu—mu—muy salvaje,
la—la mi—mi—mitad se—se co—come.
Que un ma—maestro se—se le—le lleve,
y á fu—fu—fuerza de—de zu—zurridos,
que—que la—la costu—tu—tumbre tome
de—de hablar y an—andar co—como debe.—
Si en escapar de allí se tarda un poco,
me le enjaulan por loco.

Tal suele acontecer al desdichado,
que á combatir se atreve
un error por el tiempo consagrado.

FÁBULA LXV.

PLUTON Y EL CRITICO.

Del negro esquife de Caron salia
escuálido, amarillo y cejjunto
cierto recién-difunto,
vecino de la calle de Segovia,
que muerto de hidrofobia,
por huésped á Pluton se le venia.
Vióle el señor de la region umbría,
y extrañeza causándole su traza,
le dijo: Buen amigo,
cuál miétras que viviste fué tu plaza?
Mi plaza fué (le respondiÓ)... Mal digo,
mi grave ministerio,
útil como el que mas y necesario,
fué repartir la mofa y vituperio,
medicina del orbe literario.
Armado con el látigo inclemente
de la fria razon, crítico adusto,
el coco fué, la pesadilla y susto
del escritor chanflon y el eminente:
y hasta que al fin la suerte poco sábia,

me hizo morir de rabia,
las endiabladas ocurrencias mías
dieron amargos días
á todo pobre á quien hincaba el diente.
—¡Hola! con que mordías?
(le replicó Pluton). Perfectamente:
colocado en mi umbral, harás proezas.
Ese perro, que ves, de tres cabezas,
se halla sin dientes ya y endeble de auca,
y ni ladra siquiera al forastero.
Te pondré su cadena y sus carraucas,
y el puesto ocuparás del Cancerbero.



FÁBULA LXVI.

EL RUISEÑOR Y LA CALANDRIA.

Poeta campanudo, que te pierdes
allá por las fantásticas alturas,
sin que en tu vuelo rápido te acuerdes
de que al pobre lector dejas á oscuras,
á tí con las palabras me dirijo
que el Ruiseñor á la Calandria dijo:
Por qué tan á las nubes te levantas?
Quieres que no se entienda lo que cantas?



FÁBULA LXVII.

LA PRAGMATICA DE TRAJES.

Notaba con dolor el Rey prudente
de una region, que señalar no quiero,
la general miseria de su gente
desde el ínclito prócer al pechero,
y con miseria tal unido el flujo
de inaguantable ostentacion y lujo.
Para cortar el mal, dispuso varios
edictos suntuarios;
pero, fatiga vanal
Dados hoy, olvidábanse mañana.
—Claro está (dijo el Rey con pesadumbre)
que se burla de mí la muchedumbre.
Tratemos de ver cómo
á cierta clase domo;
pues logrando una vez que se acostumbre
un ciento de mujeres y varones
á vestir económico y decente,
de ejemplares así, precisamente
resultarán despues imitaciones:
y si el vestido reformado ensaya,

porque le sienta bien á su figura ,
tal ó cual hermosura
de las que ponen en mi corte raya ,
la capital entónces á porfia
y la nacion, por imitarla, toda,
la ley admitirán trocada en moda.—
Pues dicho y hecho. Remanecce un dia
lucca y oronda la oficial gaceta,
diciendo: «El Rey nuestro Señor decreta,
oído su Consejo, lo siguiente:
Desde el cinco de agosto del presente
ha de ser distintivo necesario
de todo ciudadano pretendiente
vestirse de profeso mercenario,
y toda pretendiente ciudadana
vestirá de tercera franciscana.»
Qué pasmo! qué prodigio!
En poco mas de un año
ya era casualidad hallar vestigio
del traje ántes comun, que por extraño
solo quedó para disfraz de baile.
Todos iban allí de monja ó fraile.
—Cómo el decreto fué tan bien cumplido?
Tanto agradó el vestido?
—Agradar! Quién tal piensa?
Era barato, cómodo y honesto,
y eso jamas agrada, por supuesto.
Se recibió con repugnancia inmensa;

pero en aquel país desventurado,
por la miseria y lujo devorado,
los ya sabidos males
á otro mas grave mal origen dieron.
Todos, sin excepcion, sus naturales
pretendientes de oficio se volvieron.

Suplico á mis lectores
que no den maliciosos en la maña
de ver aquí la imágen de la España.
Quiere decir, sin miras ulteriores,
el cuento relatado
que es todo pretendiente bien mandado,
y si obtener su pretension aguarda,
sufrirá que le pongan una albarda.
Quien tierno de hombros fuere,
no solicite nada, si pudiere.



FÁBULA LXVIII.

EL LINAJUDO Y EL CIEGO.

A un Ciego le decía un Linajudo :
Todos mis ascendientes héroes fueron. —
Y respondióle el Ciego : No lo dudo :
yo sin vista nací; mis padres vieron.

No se envanezca de su ilustre raza
quien debió ser melon y es calabaza.



FÁBULA LXIX.

UNO DE TANTOS.

Poderosos venid: trazaros quiero
la historia singular de un caballero,
que, *inmensamente rico*,
años contó noventa y nueve y pico.
Escuchad y aprended: la historia es esta.
Don Fulano de tal, nació en Almansa,
comió, bebió, murió y en paz descansa.
¡Qué pérdida, Señores, tan funesta,
si muere mas temprano
tan laborioso y útil ciudadano!

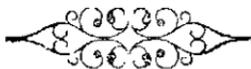


FÁBULA LXX.

BENEFICIOS DE LA LEY.

Caminaba á Jaen un Peregrino,
y le asaltó un Ladron en el camino.
—La bolsa (le gritó), si no, la vida.—
El infeliz devoto se intimida,
y entrega su caudal como un cordero;
pero no satisfecho el bandolero,
á saco luego sus vestidos entra,
y un relicario de valor le encuentra.
En esto se aparece un Cuadrillero.
Suelta el Ladron la alhaja y el dinero,
huye, y entre los árboles se embosca.
—¿Cómo (exclama el viajero, agradecido
al ángel salvador recién venido),
cómo pagar á usted?—Venga la mosca.
—Hombre, déjeme usted lo necesario...
—Déme tambien usted el relicario.
—Pero, señor, con tales condiciones,
nada, en librarne del Ladron, consigo.
—Yo tengo desgarrados los calzones:
cámbiemelos usted, y agur, amigo.

Ya que existe un poder que al ciudadano
libra del golpe de opresora mano,
¿por qué de ese poder es ley precisa
que deje al protegido sin camisa?



FÁBULA LXXI.

EL PAJARO Y EL NIÑO.

Un Pajarillo
dieron á Blas,
niño travieso,
buen perillan.
Átale un hilo,
le echa á volar,
y el prisionero
quieto se está.
Blas le decia :
—Torpe animal,
goza el permiso
que hoy se te da.
Largo de sobra
es el torzal :
vuelos muy altos
puedes echar.
—No (dice el ave),
que en realidad
ese bien luego
tórñase mal.



Tú de la pata
me tirarás,
siempre que el vuelo
quiera yo alzar.

No hay servidumbre
que alija mas
que una con visos
de libertad.



FÁBULA LXXII.

EL USO DE LA LIBERTAD.

«Viva la libertad!» Así gritaban
juntos con recia voz por largo rato,
al verse libres de su duro encierro,
una Marmota, un Gato,
un Colorin y un Perro,
que ántes en un cortijo suspiraban,
víctimas del poder y los caprichos
de un labrador aficionado á bichos.
Qué se hace, compañeros?
(preguntó el Colorin, pues es costumbre
de bestias á la vez y caballeros
que el promotor de las cuestiones sea
la cabeza mas ruin de la asamblea.)
Yo (prosiguió diciendo muy ufano),
puesto que terminó la servidumbre,
y en ella me enseñaban varios sones,
quiero desde hoy con ellos al tirano
silbar, y confundirle á maldiciones.
—Yo (dijo la Marmota,)

buscaré un agujero
para dormir en él un año entero.
Aquí (el Gato exclamó), según se nota,
por los collados hay y los ejidos
multitud de conejos y de nidos:
ya que se me presenta buena traza,
contrabandista me hago de la caza.
Yo (prorumpió sagaz el perdiguero),
como que libre y suelto bien me lamo,
voy libremente á ver si encuentro un amo.

¡De tan indigno modo
empleó la cuadrilla emancipada
la Libertad dulcísima anhelada!
Para las almas nobles ella es todo;
para egoistas, nada.



FÁBULA LXXIII.

EL LEON Y LA VACA.

Hubo un Leon que, fiero
verdugo, y no monarca,
ni toro ni cordero
dejó por la comarca.
Su sanguinario porte
movió feroz encono:
la plebe con la corte
fué y derribó su trono.
Piedad en su condena
obtuvo inmerecida:
perdió la real melena;
salvó la infame vida.
La turba que no en vano
le acometió valiente,
juzgó para un tirano
tal pena suficiente.
Metióse en un terreno
de abominable traza,
de cambroneras lleno,

sin fuentes y sin caza.
Allí con hambre aguda,
secas de sed las fauces,
comió por carne cruda
los mimbres de los sauces.
Ya teneroso un día
de próximo exterminio,
débil tomó la vía
de su anterior dominio.
Una piadosa Vaca
por tierra le descubre,
ve que la lengua saca,
y acércale la ubre.
Se anima y satisface
la sed devoradora;
mas chupa tanto, que hace
sangre á su bienhechora.
Y oyendo que genia,
«Perdona (dijo el bruto):
pensaba todavía
ser príncipe absoluto.»



FÁBULA LXXIV.

EL BARCO, EL RIO MARAÑON Y LA RIBERA.

Yo (dijo el Barco al Marañon bravío)
navego sobre tí: besa mi casco,
y admira mi saber y poderío.

Yo (le replica el Rio),
si revuelve mis olas un chubasco,
estrello en un peñasco
todo ese gran poder: tiembla del mio.
Vivid en paz (exclama la Ribera):
si hay borrasca, me inundo la primera.

Si chico y grande con furor insano
se enzarzan en quimera,
quien no quiere reñir es el pagano. .
Falta, para que á todos bien redunde,
que no insulte el bajel, ni el agua inunde.



FÁBULA LXXV.

EL MOLINERO.

Nuestros romances de ciego
(jácaras que dicen otros),
ya se sabe que empezaban
exactamente de un modo.
Para cantar las proezas
de algun insigne galopo,
que acabó suspenso en horca
sus dias facinerosos ;
para referir con gracia
las trapisondas y embrollos
de alguna bruja , tres veces
baqueteada en el lomo ;
ó bien para describir
amoríos peligrosos ,
que por milagró de Dios
pararon en matrimonio ;
principiaban los poetas
pidiendo al Señor devotos
favor para celebrar

lances que inspiró el demonio.
Yo que un romance de aquellos
enjastrar me propongo,
seguir quisiera un estilo
tan general y piadoso;
pero temiendo que digan
que no es de fábulas propio
nombrar á Dios ni á la Virgen,
ni al celeste consistorio;
ya que haga una invocacion
segun la norma que adopto,
invocaré un personaje
fabulable y fabuloso.

Tú, Lazarillo de Tórmes,
sison célebre entre todos,
tú que tan cara pagaste
la longaniza y el mosto;
ya que segun nos refieres
en esas páginas de oro,
bajo el techo de un molino
abriste á la luz los ojos,
inspira mi lengua sosa,
dale tu decir donoso
para que el garbo engrandezca
del molinero Jeromo.

Jerónimo Garranchon,
ágil y robusto mozo,
de vista de águila y manos

como entre de gato y mono,
alquilaba de ordinario,
cual diestro en aquel negocio,
el molino de la harina
de un pueblo cerca de Toro.

Los molineros allí,
desde el tiempo de los godos,
de todo el trigo que muelen
se hacen en especie cobro.

Maquilar llaman á esto;
mal-quitar, sostuvo un docto
que fuera mejor; la causa
búsquela por sí el curioso.

Maquila es la cantidad
que el labrador por abono
cede al molinero en cambio
de hacerle su grano polvo.

A Jeromo, de maquila,
tocaba en fanega solo
medio celemin rasado,
sin una línea de colmo;
pero él las cosas á medias
las miró siempre con odio,
y á pares los celemines
maquilaba sin rebozo.

—Es (clamaban los vecinos)
cosa que nos vuelve locos:
trigo que dé ménos pan,

nunca lo vimos nosotros.—
Esta merma ocasionó
quejas, riñas y alborotos,
y fué quitado el molino
al tal picaron de á folio.
Tomólo un amigo suyo,
que, siendo sison mas corto,
comparándole al primero,
era concienzudo y *probo*.
Tuvo el nuestro que moler,
despues que sufrió el despojo,
una fanega de aquellas
que ganó, ya dije cómo;
y encontró á su sucesor
fuera del molino en corro,
jugando con siete holgones
una merienda de pollos.
—Tienes prisa? dijo el nuevo.
—Sí.— Pues yo no me incomodo.
Muele y maquila por mí.
—Corriente: á ver si me porto.—
Descargó y entró el costal;
hinchió la tolva, y de pronto
lleno de trigo sacó
un esporton ancho y bondo.
—Habré maquilado bien?
(preguntó al nuevo, Jeromo.)
El hombre, viendo la espuerta,

le contextó con asombro:

No mueles una fanega?

—Si. —Pues, si no me equivoco,
en ese capacho sacas
tres celemines.—Y bobos.

—Y es el trigo tuyo?—Mio;
pero es tan blanco y tan gordo,
que maquilar la mitad,
aun me pareciera poco.

Es natural: ciertos vicios,
cuando se arraigan á fondo,
á costa de cuanto tiene
los ejercita el vicioso.



FÁBULA LXXVI.

LA ESCALA.

Hambriento un Avion cogió un Mosquito,
que indulto le pidió por ser chiquito
y dar poco alimento ;
pero enojado el otro, á fuer de hambriento,
—No esperes (dijo) que tu voz me ablande :
muere, que si eres chico, yo soy grande.—
No bien hizo la muerte el inhumano,
píllale entre sus uñas un Milano.
Temblando el Avion gime y suplica ;
pero el Milano adusto le replica :
—No tienes que pensar que yo me ablande ;
muere, que tú eres chico y yo soy grande.—
Vió el Águila al Milano entretenido
en devorar el pájaro cogido,
y volando veloz, le prende y mata,
por mas que ruega y de salvarse trata.
—No es fácil (murmuró) que yo me ablande ;
muere, porque eres chico, y yo soy grande.—
Fue el Aguila á volar ; pero la bala
de un diestro Cazador le rompe un ala,

y al revolcarse por el suelo herida,
—Por qué (gritó) me privas de la vida?
—Porque no hay (dijo el Hombre) quien me mande.
muere, pues eres chica, y yo soy grande.

Nadie uso indigno de sus fuerzas haga,
ó sepa, si obra mal, que al fin se paga.
No murió el Cazador, y sí el Mosquito,
y el lector pensará que sin delito.
No, pues al Cazador con furia impía
le chupaba la sangre noche y día.



FÁBULA LXXVII.

LA PRUDENCIA HUMANA.

Cayó en la red del pescador artero
un Barbo jovencito.
¡Allí fué trabajar el prisionero
para romper el cáñamo maldito!
Chupa, muerde, batalla,
desbilacha el torzal, quiebra una malla,
y al fin se libra del peligro fiero.
—Caramba! (prorumpió) de buena escapó!
Viviré en adelante sobre aviso.
Quien me pesque otra vez, ya ha de ser guapo.
Mas una cosa de comer diviso,
que á merced de las olas sobrenada,
por un kilo sutil á un palo atada.
Es, si no me equivoco,
pan, y buena racion; pues me la emboco.—
Tírase al cebo el pez sin mas recelo,
y al salir de la red, tragó el anzuelo.

Así, con sus propósitos ufana,
se arroja en pos del apetito loco
de yerro en yerro la prudencia humana.

FÁBULA LXXVIII.

EL AVARO Y EL JORNALERO.

(De D. Agustín Moreto.)

Todo su caudal guardaba
cierto Avariento cuitado
en onzas de oro, medidas
en un puchero de barro.
Por tenerlo mas seguro,
fué con su puchero al campo:
al pié de un árbol cavó,
y lo enterró con recato.
Amaneció al otro día
hambriento y desesperado
un Jornalero, sin pan
ni esperanza de ganarlo.
Sacudió las faltriqueras,
y hallándose en una un cuarto,
sale, se compra una sogá,
y en seguida, como un rayo,

se va al campo á que le quite
los pesares el esparto.

Trataba de ahorcarse en fin ,
y escogió para ello el árbol,
que era del tesoro en onzas
inmóvil depositario.

Al afianzar de una rama
bien la sogá el pobre diablo ,
se le hundió en el hoyo un pié,
y halló el puchero enterrado.

Cogióle, besóle y fuése,
y corriendo á corto rato
sus preciosas amarillas
vino á visitar el amo.

La tierra encontró movida,
y el hoyo desocupado ;
pero de puchero y onzas
no vió ni sombra ni rastro.

Reparó en la sogá entónces,
y haciendo á la punta un lazo,
se ahorcó para no vivir
sin su tesoro adorado.

Asi el puchero y la sogá
mal ó bien se aprovecharon :
él en un hambriento, y ella
en el cuello de un avaro.



FÁBULA LXXIX.

LA ABUELA.

(De D. Juan de Matos Fragozo.)

Cariño grande tenia,
como es regular tenerlo,
á un niño de pocos años
su Abuela casi de ciento.
Murió un pariente y dejó
á los dos por herederos,
para que á medias gozaran
sus alhajas y dinero.
Un grupo de San Miguel
con el diablo por trofeo
quedó de nones al cabo
del total repartimiento.
Era el ángel de marfil,
y el diablo de oro: y queriendo
repartir los albaceas
alhaja de tanto precio,
dijo la Abuelita: Yo,

con lo peor me contento;
venga el demonio conmigo,
y lleve el ángel mi nieto.

Así son viejas y niñas,
así son mozos y viejos:
nadie quiere al ángel pobre;
todos al diablo opulento.



FÁBULA LXXX.

TAL PARA CUAL.

(De Lope de Vega.)

Cuentan que dos se casaron,
y, la noche de la boda,
ya en quietud la casa toda,
de esta manera se hablaron.
El dijo: Ya no hay que hacer
secretos impertinentes:
postizos traigo los dientes;
paciencia: sois mi mujer.—
—Dijo ella: Perdon os pido.
postizo traigo el cabello;
no hay que reparar en ello:
paciencia: sois mi marido.

Es muy justo y natural,
cuando hace un engaño alguno,
que encuentre con otro tuno,
y queden tal para cual.

FÁBULA LXXXI.

LA O ENTRE NUMEROS.

(De D. Pedro Calderon de la Barca.)

De una dama era galan
un Vidriero que vivia
en Tremecen , y tenia
un grande amigo en Tetuan.
Rogó al Vidriero la dama
que al amigo le escribiera
que una mona remitiera ;
y como siempre quien ama
quiere con garbo cumplir,
á fin de que á su capricho
la ninfa escogiera el bicho ,
tres ó cuatro envió á pedir.
El *tres ó cuatro* escribió
en números el Vidriero ;
y cádate que en un cero
vino á trocarse la O.
Y sin mas antecedente

sobre el extraño pedido,
el de Tetuan sorprendido
leyó del tenor siguiente:
«Amigo: para personas
de toda mi estimacion,
mándame sin dilacion
trescientas y cuatro monas.»
Hallóse apurado el tal;
pero harto mas se apuró
el Vidriero cuando vió
contra su frágil caudal
dentro de muy pocos dias
apearse con estruendo
trescientas monas haciendo
trescientas mil monerías.
Y costó al mal escritor
su ortográfico delito
ver hecho trizas todito
el vidrio de su obrador.

Tales yerros cometer
suele en materia mas grave
quien manda mal á quien sabe
malamente obedecer.



FÁBULA LXXXII.

LA IMAGEN DEL AMOR.

A poco de casado
un Pintor entusiasta de su estado,
hizo un cuadro soberbio de Cupido.
Pintóle hácia una flor abalanzado,
el rostro enardecido,
llama vertiendo los divinos ojos
exentos ya de la enojosa venda,
y provocando con sus labios rojos
el ósculo en que amor pierde la rienda.
Es demas añadir que la figura
estaba en carne pura:
los dioses de la Grecia mentirosa
no usaban, á la cuenta, vestidura.
—Llega, (dijo á su Esposa
con orgullo el Pintor), llégate y mira.—
Miró con interes; pero al instante
se le tiñó de púrpura el semblante,
bajándole confusa y vergonzosa.

El, viéndolo exclamó: ¿Desden te inspira
cuadro que pasará por un modelo?

Ves que falte al amor alguna cosa?

Respondió la Mujer: Le falta un velo.



FÁBULA LXXXIII.

LA NOVIA SERPIENTE.

Hubo en cierto país antiguamente
una Niña encantada,
que era mitad mujer, mitad serpiente;
fuera de esto, bonita y hacendada.
Un mágico eminente
no dudó sostener que lograría
el vínculo feliz del matrimonio
la figura quitarle de demonio.
Casaron pues, á la Señora mía,
y la que media sierpe fué soltera,
luego que recibió las bendiciones
se volvió sierpe entera,
y el día de la boda, en un descuido,
se comió con los dulces al marido.

¡Cuántas hay, sin que tengan el encanto
que ejercen la hermosura y los doblones,
que en pronunciando el sí del nudo santo,
se vuelven culebrones!

FÁBULA LXXXIV.

LAS FURIAS.

Al correo ordinario de los dioses
dijo una vez Pluton: Amigo mio,
torpes estan las Furias y aviejadas;
y acá para mi avío,
jóvenes deben ser despabiladas.
Parte á la tierra pues, y no reposes
hasta ver si allí me proporcionas
tres fuertes mocetonas,
útiles para dar zurrido largo. —
Mercurio echó á volar con el encargo.
En el Olimpo casi el mismo dia
Juno á su mandadera le decia:
—Iris, vamos á ver si te despachas,
y me subes del mundo tres muchachas,
libres de la epidémica manía,
que llaman por allá *coquetería*.
Vénus hoy con orgullo escandaloso
por centésima vez se me ha jactado
de heqer sin excepcion *coquetizado*

á todo el sexo hermoso,
y ha de ser lance para mí gustoso
si con tres ejemplares la desmiento.
Marcha, y haz el recado. —
Iris partió ligera como el viento.
Lo que anduvo la pobre, no se diga.
Corrió tres veces la terráquea bola;
mas vana fué su pertinaz fatiga,
y húbose de volver cansada y sola.
Juno al verla exclamó: ¡Tornas lo mismo
que de aquí te mandé! Qué es esto, amiga?
¿No hay libres del aciago coquetismo
tres entre tantos femeniles seres?
Digote que se portan las mujeres. —
Iris á Juno respondió: Señora,
tres jóvenes ahora
te presentara yo, segun las quieres:
tres que odian los equívocos placeres
y hacen de austeridad pomposo alarde:
mozas de tomo y lomo,
nada coquetas, oh! ni por asomo.
Pero ay! llegué ya tarde.
— Tarde has llegado! Cómo?
— El bribon, el tunante de Mercurio
(su deidad me perdone si le injurio)
de entre las manos á las tres me quita.
— Por qué? — Porque Pluton las necesita.
— Pluton esas doncellas tan cabales!

Para qué?—Para furias infernales.

Esto sucedería,
si aconteció en verdad en tiempo alguno,
cuando reinaba en el Olimpo Juno.
Ya es otra cosa: hoy día
ni hay plaga tal de coquetillas locas,
ni en cambio son tan pocas
las que en defecto de belleza y labia,
se dan á esa virtud que aúlla y rabia.
Enseña á mis lectoras solamente
por lo mismo el apólogo presente
que la que aspire á perfeccion completa,
no ha de ser ni pimienta ni veneno;
y aunque diga un poeta
que *entre coqueta y furia, la coqueta,*
en medio de las dos está lo bueno.



FÁBULA LXXXV.

LA ESPOSA MODELO.

Hay varios pareceres
sobre si aman de veras las mujeres:
sin decidir cuestion tan importante,
vaya un ejemplo de mujer amante.
Blas y Blasa, vecinos de una villa,
no sé si de Aragon ó de Castilla,
se amaban de manera
que eran el pasmo de la villa entera.
En protexas de amor la vida pasan.
Los padres... qué han de hacer? al fin los casan,
y marido y mujer (prodigio extraño!)
vivieron como novios casi un año.
No era para durar tanta ventura.
Coge Blas una fuerte calentura:
cuídale su mujer á toda costa;
pero el mal se le lleva por la posta,
de modo que el doctor al cabo lanza
la sentencia fatal: No hay esperanza!
¡Tremendo anuncio que en el alma here

á la consorte fiel! — Ay! que se muere!
Ay! (grita) que me quedo sin marido!
Para qué, justo Dios! habré nacido?
¿Por qué en mí la dolencia no se ceba,
y en lugar de mi Blas, á mí me lleva?
Muerte, ven presurosa:
deja al marido en paz, muera la esposa.—
La Muerte en el momento
se cuela de rondon al aposento,
y dice: Quién me llama?
Cargo con el galan ó con la dama?—
Blasa responde con turbado acento:
Llévate al infeliz que está en la cama.

¡Oh qué pronto desmiente la experiencia
de la pasion los arrebatos locos!
Esto de dar por otro la existencia
lo dicen muchos; pero lo hacen pocos.



FÁBULA LXXXVI.

EL VIUDO.

Suele amar la mujer con gran ternura ;
pero es siempre su amor de poca dura.
La firmeza, al contrario, tiene un templo
en el alma del hombre : va de ejemplo.
agonizando estaba,
Ines Querol, á quien su esposo amaba,
no con amor vulgar, sino extremado
y en un largo noviaje acreditado,
en que hubo riñas, paz, éxtasis, celos,
paterna oposicion, rival y duelos,
parando en fin lá baraunda toda
en que la pobre Ines cayó malita
sin desechar las galas de la boda.
—Nadie su fin evita
(dijo la moribunda á su consorte);
mas ya que está mi muerte decretada,
hazme para que ménos angustiada
nuestra fatal separacion soporte,
haz, Gabriel, á tu Ines el juramento

de no pensar en otro casamiento :
con esto lograrás que en paz me aduerma.—
Juró Gabriel, y se murió la enferma.
Cuál fué el dolor del viudo!
Jesus! dolor de codo y mas agudo,
seco, es decir, sin llanto,
sordo al consuelo, y como sordo, mudo.
Pero Ines falleció, y hay por lo tanto
un cuerpo que llevar al campo santo.
Para ello se amortaja
con el nupcial vestido á la difunta;
mas ántes que la encierren en la caja,
viene á verla Gabriel.— ¿Quién es (pregunta,
cuando la ve tan maja),
quién es el que dispone de lo ajeno,
y así me echa á perder traje tan bueno?
Si trato de casarme por ventura,
no le podrá servir á mi futura?

Con la pena tal vez el desdichado
no se acordaba ya de lo jurado.
Juró de buena fe, de buena gana;
pero pronto olvidó.— Miseria humana!



FÁBULA LXXXVII.

ANDRES MORUGO.

Andres Morugo, labrador casado
con Beatriz Malagon, que era una arpía,
soñó que se moría
por la misma Beatriz envenenado,
y que muriendo el hombre echando ternos,
bajaba derechito á los infiernos.
Despertóse mi Andres acongojado,
y entre sí discurría:
Si tal piensa Beatriz, no es disparate
matarla yo para que no me mate.
Voy á coger el hacha,
y sin que suelte un ay, se la despacha. —
Cogió, pues, la segur; pero al momento
le detuvo el siguiente pensamiento:
Como está esa mujer de culpas llena,
si la mato de pronto se condena;
y segun en el sueño se me dijo,
yo me he de condenar tambien de fiijo:
con que despues de cuanto aquí lidiamos,

á una posada sin remedio vamos,
y tal vez á los dos Pero—Botero
nos zampe en el mismísimo caldero.
No, no. Bien haya el celestial aviso!
Si me guarda Beatriz tan fiero eucono
que me quiere matar, yo la perdono;
si no, mi cruz soportaré sumiso,
ganando de los mártires la palma,
con lo cual es preciso
que en exhalando el alma,
suba yo sin Beatriz al paraíso.
Gran determinacion, por vida mia!
Léjos de tal mujer, ya se podía
ir á tragar en el infierno azufre;
pero infierno con ella! quién lo sufre?



FÁBULA LXXXVIII.

LA VIUDA DEL MALABAR.

EL SACERDOTE.

Quémate con tu esposo, y vas al cielo.

LA VIUDA.

Por ir allí, me quemaré sin duelo.

EL SACERDOTE.

Cenarás con el alma del difunto.

LA VIUDA.

Nuevamente con él allí me junto?

EL SACERDOTE.

Y para siempre ya.

LA VIUDA.

Si tal me espera,
no meto yo mis carnes en hoguera.

EL SACERDOTE.

No tienes pundonor?

LA VIUDA.

Tengo memoria.
Con un marido malo, ni á la gloria.

FÁBULA LXXXIX.

E SCENA DE SEGUNDAS NUPCIAS.

EL PADRE.

Fruto de mis primeros esponsales,
hija en hora tristísima nacida,
pues al rigor de incomprensibles males
en la flor de la edad pierdes la vida,
¿qué memoria filial por despedida
le dejas ay! al lastimado viejo,
que ve llegar tu postrimer suspiro?

LA HIJA.

Padre, infeliz os miro:
mi compasion, mi bendicion os dejo.

EL PADRE.

¿Qué dejas por legado
á la consorte fiel, que tengo al lado?

LA HIJA.

Esa mujer al túmulo me arrastra.
Dejo la maldicion á mi madrastra.

FÁBULA XC.

EL CIELO EN LA TIERRA.

Soñó cierto filósofo machucho
(pues filósofos hay que sueñan mucho)
que una noche de Mayo
San Anton su tocayo
á visitarle con su adjunto vino,
y haciéndole montar en el cochino,
llevósele de un vuelo
á recorrer el ámbito del cielo.
Conducido que fué, dijo en el acto
el huésped terrenal estupefacto:
Bien se pasa en la gloria! bien se pasa!
Un poco de la dicha que sin tasa
disfrutais junto á Dios, ¿no conviniera
que á probar en el mundo se nos diera
per vía de adelanto,
para llevar mejor aquella vida,
continua serie de zozobra y llanto?
—Singular peticion! (exclama el Santo.)
La teneis concedida

desde el tiempo de Adán.— No hago memoria.

—Olvidadizo estás, amigo Antonio.

Mira un buen matrimonio;

y en él verás la imágen de la gloria.



FÁBULA XCI.

LA VIDA DEL HOMBRE.

Hecho ya el mundo y poblado
con todos sus animales,
á cada cual su destino
Júpiter quiso anunciarle.

—Tú has de servir (dijo al Asno)
de acémila perdurable:
te darán mal de comer
y palos á centenares.

Treinta años es necesario
que en ese oficio trabajes;
después de treinta cumplidos,
te dejaré que descanses.

—Treinta años (replicó el Burro)
de afán, de palizas y hambre,
son demasiado: te pido
que unos veinte me rebajes.—

Júpiter convino en ello,
y al Perro mandó acercarse.

—Tú (dijo) serás del hombre
compañero inseparable.

Tú cazarás, y tu dueño
comerá lo que tú caces;
tú le guardarás la casa
treinta y cinco años cabales.

—Muchos son (repuso el Perro),
porque es el trabajo grande:
quítame los veinte y cinco;
basta con los diez restantes.

—Norabuena (contextó
el siempre benigno padre):
vete en paz, y al Mono dile
que se me ponga delante.—

Pasado el aviso al Mono,
que vino haciendo visajes;

—Tú (díjole el dios riendo)
casi para nada vales.

Arrastrando una cadena
y en poder de charlatanes,
veinte y cuatro años harás
la diversion de las calles.

—¡Yo (gritó el Mono) sufrir
veinte y cuatro años de ultrajes!

Rebaja pido. —Corriente.

Cuánto?—La tercera parte.—

Por su orden tocaba al Hombre
á Júpiter presentarse.

—Ven tú, predilecto mio,
(prorumpió el númen afable.)

Mira esas verdes colinas,
mira esos floridos valles,
mira ese revuelto mar,
que tú poblarás de naves:
todo es tuyo: vive y goza
tesoros tan abundantes.
Treinta años te doy, que es tiempo
de mas para que te sacies.
—Treinta no mas! (clamó el hombre.)
Es un soplo, es un instante.
Con plazo tan reducido,
qué ha de poder disfrutarse?
Dame cien años lo ménos,
ó si no, recoge y dame
todos los que el Mono, el Perro
y el Asno dejaron ántes.—
Júpiter condescendió,
bien que no de buen talante,
y explicó de esta manera
su decreto inalterable:
—Al Asno, al Perro y al Mono
la vida les heredaste;
les heredarás tambien
con ella sus propiedades.
Treinta años de vida de hombre
tendrás feliz y agradable;
pero de bestia será
desde treinta en adelante.

De los treinta á los cincuenta
en tí lloverán afanes :
mantendrás casa y familia
con tu labor incesante.
De allí á los sesenta y cinco ,
adorando en lo que guardes ,
no dormirás , recelando
que todos van á robarte.
Si de allí pasas , entónces ,
perdidas tus facultades ,
te harán fábula del mundo
chocheces inaguantables.
Mejor mil veces te fuera
con mi gusto conformarte :
bien te di , y el *mal* pediste :
quien lo quiso , que lo pase.



FÁBULA XCII.

JUPITER Y LA OVEJA.

Tantos y tales trabajos
hicieron pasar las fieras
al mas inocente bruto,
á la pacífica Oveja,
que á Júpiter hubo al cabo
de pedir que discurriera
cómo buscaba camino
para aliviar sus miserias.
Júpiter, le dijo : Veo,
y harto de verlo me pesa,
mansa criatura mia,
que te he dejado indefensa.
Para suplir esta falta,
elige el medio que quieras :
las armas que mas te agraden,
te dará mi omnipotencia.
¿Quieres que dientes agudos
en tus mandíbulas crezcan,
ó que tus pies se revistan
de fuertes garras que hieran?

—No quisiera yo, señor
(respondió la pretendienta),
cosa que me asemejara
á la raza carnífera.

—¿Será mejor que introduzca
mortal veneno en tu lengua?

—No, que me aborrecerán,
lo mismo que á las culebras.

—¿Quieres que te arme de cuernos
y á tu frente dé mas fuerza?

—No, que entónces, como el chibo
no me hartaré de pependencias.

—Pues, hija, yo solo puedo
salvarte de una manera :
para que no te hagan daño,
preciso es que hacerlo puedas.

—Preciso? (la Oveja exclama,
dando un suspiro de pena):
prefiero entónces á todo
mi flaca naturaleza.

La facultad de dañar
gana de dañar despierta,
y por no hacer sinrazones,
vale mas el padecerlas.—

Júpiter enternecido
hendijo á la mansa bestia,
y ella no volvió jamas
á pronunciar una queja.

FÁBULA XCHII.

EL ALMA DE SALOMON.

Un laborioso Anciano
de sol á sol sin descansar labraba
la fértil heredad que poseía.
Él por su mano araba,
él por sí mismo el grano,
que el sustento comun del hombre encierra,
solicito vertía
en el fecundo seno de la tierra.

A la sombra una vez que en torno arroja
una altanera encina,
copuda en ramas y poblada en hoja,
preséntase al Anciano de repente
una Vision divina.

Él se sorprende y pasma;
y en acento mas dulce que severo
le dice la fantasma:

«No la presencia mia te amedrente:
Soy Salomon: declárame sincero,
¿por qué, ya que tu edad va declinando,
tan ávido te afanas trabajando?»—

—Si eres el sabio rey gloria de Oriente,
(el labrador contesta)
bien puedes figurarte mi respuesta.
Yo estudié con desvelo tus lecciones:
en ellas al mancebo le propones
que á recoger aprenda de la hormiga,
sin perdonar momento ni fatiga.
Yo su ejemplo he seguido,
y lo que dócil aprendí mancebo,
viejo también á ejecucion lo llevo.
—A medias solamente has aprendido
(dijo la Sombra) mi consejo sano.
Vuelve de nuevo y á la hormiga observa,
y en su sagaz gobierno
verás que si trabaja en el verano,
prudente se reserva
sus acopios gozar en el invierno.
Tú, que al invierno triste
llegaste de la vida,
reposa ya y descuida,
y disfruta por fin lo que adquiriste.



FABULA XCIV.

LAS DOS FAMAS.

Dos Famas hay: contemporánea es una,
favorita especial de la Fortuna;
la segunda, que póstuma se llama,
de la Verdad y el Tiempo hija querida,
es la inmortal, la verdadera Fama.
En un caballo alígero subida,
marchaba, como suele, de corrida
de Fama de los vivos afanosa,
y al son de su trompeta clamorosa
llevábase detras gente sin tino.
De repente á la orilla del camino
la fogosa jineta
encontró á su rival muda y sentada.
—¿Cómo es (le preguntó) que no haces nada,
cuando ocupar debieran tu trompeta
celebridades que hay de tantas clases?
—Estoy (dijo la póstuma) parada,
aguardando á que pases.

FÁBULA XCV.

EL CANGREJO.

Resto de una comida,
que orilla de un arroyo fué servida,
quedó sobre las yerbas arrojado
el conchudo cadáver de un Cangrejo,
lo mismo que la grana colorado.
Miraban y admiraban reflexivos
otros Cangrejos vivos
aquel tinte magnífico bermejo,
y cada cual de su interior exhala
esta loca expresion: Hermosa gala!
¡Quién el secreto raro poseyera
de poderse pintar de igual manera!—
Oyendo la ocurrencia peregrina,
díjoles un Raton, docto en cocina:
Para adquirir matices tan brillantes,
no hay otro medio que coceros ántes:
mirad, pues, lo que al misero le cuesta
la mortaja de honor que tiene puesta.

Quien envidie la fama esclarecida
que á los varones célebres rodea,
tome su historia y vea
cuánto dolor acibaró su vida!

FABULA XCVI.

EL PLANTADOR.

Yo esa higuera planté y aquel manzano,
y ambos me rinden hoy copioso fruto.
Hijos, igual tributo
debeis pagar á vuestro padre anciano.



FÁBULA XCVII.

LA MARIPOSA Y LA EFÍMERA.

LA MARIPOSA.

Insectillo
singular,
¿quién te puso
donde estás?

LA EFÍMERA.

Ha corrido
la mitad
de mi vida
natural,
y he morado
siempre en paz
esta mata
de arrayan.

LA MARIPOSA.

Yo el cercano
manantial
suelo á veces
visitar,
y te juro

que jamas
vi tu rastro
ni tu faz.
Tú no estabas,
en verdad,
há tres horas
por acá.

LA EFÍMERA.

Bien lo puedes
afirmar:
yo no tengo
tanta edad.

LA MARIPOSA.

¿Cuánta vida
Dios os da,
por el órden
regular?

LA EFÍMERA.

Muchas horas:
seis quizá.

LA MARIPOSA.

¡Espantosa
brevedad!

LA EFÍMERA.

¿Hay especie
de animal
cuya vida
dure mas?

LA MARIPOSA.

Infinitos
de los que hay,
miles de horas
ven pasar.

LA EFÍMERA.

¡Oh qué inmensa
cantidad!
¿Luego nunca
morirán?

LA MARIPOSA.

Todos tienen
que acabar:
ley es esta
general.

LA EFÍMERA.

Si su vida
cesará,
no la debo
codiciar.
Larga ó corta,
se hace igual
en el punto
de expirar.



FÁBULA XCVIII.

EL EXTRACTO DE LA BIBLIOTECA.

Hizo un Rey extractar su librería,
que los tomos contaba por millones,
y un resúmen le dieron que tenia
estos cuatro renglones.

«Un *quizá* representa
la ciencia toda que el mortal adquiere,
y la historia del hombre solo cuenta
que *nace, pena y muere.*»

Pero el Monarca, sabio verdadero,
mandó añadir tras el renglon postrero:
«Cuando el hombre del cuerpo se desnuda,
ve claro al fin lo que viviendo duda,
y á la paciente vida meritoria
sigue infinito bien, eterna gloria.»



FÁBULA XCIX.

EL CANTO DEL CISNE.

LA PALOMA.

Dulcísimos ecos
llegaron á mí,
paloma nativa
de extraño país.
Decid, Ruiseñores,
quién canta? decid.
Igual melodía
jamás os oí.

LOS RUISEÑORES.

Paloma que pasas
por este jardín,
el músico dulce
le tienes aquí.
De viejo anhelando
cesar de vivir,
el Cisne celebra
su próximo fin.

LA PALOMA.

Venid,avecillas,

connigo venid:
la muerte admiremos
del ave feliz.

¡Bien hayan las vidas
que acaban así!

¡Bendito el que puede
cantando morir!



FÁBULA C.

LA MADRE Y EL ALMA INOCENTE.

LA MADRE.

Murió mi dulce María,
mi consuelo, mi alegría:
con ella al sepulcro voy.

EL ALMA INOCENTE.

No me llores, madre mía:
yo era mujer, ángel soy.



FÁBULA CI.

LOS MUERTOS ENVIDIADOS.

Miraba Calderon (no el de la Barca,
sino el que fué ministro del monarca
Don Felipe tercero),
Rodrigo Calderon miraba, digo,
un cementerio de Madrid un dia,
y en él halló un letrado
cercano del umbral, que así decia:
«Amigo y enemigo
aquí en profunda paz reposan juntos.»
—Ay! (exclamó Rodrigo)
venturosos mil veces los difuntos!



FÁBULA CH.

LA REGLA GENERAL.

UN JÓVEN.

Amé á Dios y á mis padres, fuí buen hijo,
y el Señor en la tierra me bendijo.

UNA JÓVEN.

De tener buena madre honrarme puedo:
su virtud aprendí, su dicha heredo.

OTRA JÓVEN.

Me crié sin que á nadie obedeciera:
hoy vivo sin salud en la Galera.

OTRO JÓVEN.

Irreligioso jóven, hijo malo,
maldito del Señor, muero en un palo.

REGLA GENERAL.

El mundo enseña, de ejemplares lleno,
que para ser feliz, hay que ser bueno.
El justo goza, los malvados gimen.
Dichosa la virtud! mísero el crimen!

FIN.

ORIGINALES TRADUCIDOS E IMITADOS.

De Amadeo Conrado *Pfeffel* son los argumentos de las fábulas 5, 8, 10, 16, 22, 58, 59, 40, 46, 50, 51, 55, 56, 57, 68, 69, 60, 64, 62, 65, 70, 71, 72, 75, 76, 77, 82, 85, 88, 94, 95, 97 y 99.

Son de Gotoldo Efrain *Lessing* los de las fábulas 55, 56, 42, 45, 52, 66, 92 y 95.

De Cristian Téotimo *Gellert*, los de la 27, 57, 64, 67, 85, y 86

De Godofredo *Lichtwehr*, los de la 7 y 49.

De Federico de *Hagedorn*, los de la 25, 26, 53, 65 y 91.

De Juan Guillermo Luis *Gleim*, la 54.

De Carlos Guillermo *Ramler*, la 51.

De *Liebeskind*, la 29.

Todos estos autores son alemanes. Varios argumentos de sus fábulas habian sido ya manejados por otros poetas.

Los argumentos de las fábulas 1, 3, 12, 15, 17, 25, 55, 74 y 98 están sacados, con notables alteraciones, de la obra titulada: *Fablier de la jeunesse et de l' âge mûr, ou choix de fables tirées des meilleurs auteurs anglois, allemands, hollandois, etc. Par l' auteur de LA MORALE EN ACTION* (L. P. B. de l' Institut et de l' Athénée). Lyon, an IX, 1801.

Acerea de la fábula 89 puede verse en la obra *Chants populaires du Nord, traduits par A. Marmier* (Paris 1842), la canción titulada *Le Testament*.

Acerea de la fábula 58 véase *El Criticon* de Baltasar Gracian, Crisi VI. parte II.

Las fábulas 2, 4, 6, 9, 14, 15, 19, 20, 21, 28, 50, 47, 50, 67, 75, 87, 90, 96, 100, 101 y 102, pueden pasar por originales.

Estas fabulas son propiedad de los Directores de la Agencia General *Hispano-Cubana* de Madrid, los cuales perseguirán ante la ley al que las reimprima de cualquier manera que sea, según está prevenido en varias reales órdenes.

INDICE.

— 30 —

	Pág.
	3
<i>Prólogo</i>	3
<i>Fábula primera, que sirve de introducción:</i>	
I. <i>El Treinta de Abril</i>	9
II. <i>La Joya milagrosa</i>	19
III. <i>La Rosa y la Zarza</i>	21
IV. <i>Los Premios de la Emperatriz</i>	24
V. <i>La Verdad sospechosa</i>	27
VI. <i>Pedro Enredó</i>	28
VII. <i>El Envidioso</i>	30
VIII. <i>La Rosa amarilla</i>	31
IX. <i>Los Cascabeles de oro</i>	32
X. <i>Timántes</i>	38
XI. <i>El Retrato de Júpiter</i>	39
XII. <i>Blasito</i>	41
XIII. <i>Las Espigas</i>	43
XIV. <i>La Peonza y la Perinola</i>	44
XV. <i>El látigo</i>	46
XVI. <i>La Sardina y la Ostra</i>	48
XVII. <i>El Niño mono</i>	49
XVIII. <i>El Espejo y el Agua</i>	32
XIX. <i>La Tohalla</i>	35
XX. <i>El Caballo de bronce</i>	54
XXI. <i>El Santero</i>	58

XXII.	<i>El Milano y el Pelicano</i>	59
XXIII.	<i>El Nadador</i>	61
XXIV.	<i>El Mar de Guadalajara et el Mar de Monferrado</i>	62
XXV.	<i>La Pena y el Placer</i>	67
XXVI.	<i>Los Tres quejosos</i>	68
XXVII.	<i>La Lluvia de verano</i>	69
XXVIII.	<i>Los Polvos de la Madre Celestina.</i>	73
XXIX.	<i>El Arabe hambriento</i>	74
XXX.	<i>El Dinero</i>	75
XXXI.	<i>La Fuente mansa.</i>	76
XXXII.	<i>El Pastor y el Barbero.</i>	77
XXXIII.	<i>La Zarza</i>	79
XXXIV.	<i>Tersites</i>	80
XXXV.	<i>Receta contra importunos</i>	83
XXXVI.	<i>El Oso y el Elefante</i>	84
XXXVII.	<i>La Vision y el Libro.</i>	86
XXXVIII.	<i>El Abenico</i>	89
XXXIX.	<i>El Leon desvelado.</i>	90
XL.	<i>El Sueño del Malvado.</i>	91
XLI.	<i>La Cocinera y el Gato</i>	92
XLII.	<i>El Cuervo y la Zorra.</i>	95
XLIII.	<i>El Leon y la Liebre</i>	96
XLIV.	<i>El Leon y la Raposa.</i>	98
XLV.	<i>El Dromedurio y el Camello</i>	101
XLVI.	<i>La Llave.</i>	102
XLVII.	<i>El Comprador y el Hortera.</i>	104
XLVIII.	<i>La Fortuna.</i>	106
XLIX.	<i>El Diamante y el Cristal.</i>	112
I.	<i>Los Viajes.</i>	114
II.	<i>El Asno feliz</i>	115
III.	<i>Esopo y el Borrico.</i>	117
III.	<i>El Cuadro del Burre</i>	118

LIV.	<i>El Jumento murmurador</i>	119
LV.	<i>El Peral</i>	120
LVI.	<i>La Luciérnaga y el Sapo</i>	121
LVII.	<i>Los Caracoles</i>	122
LVIII.	<i>El Filósofo y la Verdad</i>	125
LIX.	<i>La Sobriedad del Gato</i>	126
LX.	<i>El Tesoro</i>	127
LXI.	<i>El Elefante Blanco</i>	150
LXII.	<i>Los Lobos</i>	154
LXIII.	<i>El Pescador</i>	158
LXIV.	<i>La Tierra de los Cojos.</i>	156
LXV.	<i>Pluton y el Critico</i>	159
LXVI.	<i>El Ruiseñor y la Calandria</i>	141
LXVII.	<i>La Pragmática de trajes</i>	142
LXVIII.	<i>El Linajudo y el Ciego</i>	145
LXIX.	<i>Uno de tantos.</i>	146
LXX.	<i>Beneficios de la ley.</i>	147
LXXI.	<i>El Pájaro y el Niño.</i>	149
LXXII.	<i>El Uso de la libertad</i>	151
LXXIII.	<i>El Leon y la Faca</i>	155
LXXIV.	<i>El Barco, el Rio Marañon y la Ribera.</i>	155
LXXV.	<i>El Molinero</i>	156
LXXVI.	<i>La Escala</i>	161
LXXVII.	<i>La Prudencia humana.</i>	165
LXXVIII.	<i>El Avaro y el Jornalero.</i>	164
LXXIX.	<i>La Abuela.</i>	166
LXXX.	<i>Tal para cual.</i>	168
LXXXI.	<i>La O entre números.</i>	169
LXXXII.	<i>La Imágen del Amor.</i>	171
LXXXIII.	<i>La Novia Serpiente.</i>	175
LXXXIV.	<i>Las Furias</i>	174
LXXXV.	<i>La Esposa modelo.</i>	177
LXXXVI.	<i>El Viudo</i>	179

